



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 4 Diciembre 1913.-Número 49

SUCURSAL  
RIVADAVIA, 1.235  
BUENOS AIRES

## Los apóstatas

«Es dudosa la idea de los que, á fin de cohonestar su apostasía, pretenden convencernos de que están agotados los ideales de la democracia. No tenemos hoy, de mucho, lo que adquirimos durante la revolución de Septiembre.

La libertad de cultos, de que entonces disfrutábamos, está reducida de modo tal, que el Gobierno ha de hacer acto de heroísmo para consentir que se abra á la luz del día un templo protestante. En toda la América del Norte no tiene ya el Estado religión alguna, ni paga, por lo tanto, de fondos públicos obligaciones eclesíásticas; aquí, sólo para el clero católico presuponemos anualmente 42 millones de pesetas, y es aún el Estado siervo de la Iglesia. En las más de las naciones de Europa el matrimonio civil es obligatorio, ó, cuando menos, el único que surte efectos civiles. Aquí existe sólo para los que estén afiliados en sectas disidentes, y hasta se le niega á los libre-pensadores. Siete días ha estado aquí insepulto el cadáver de una mujer, á causa de haber querido la familia enterrarlo civilmente y reivindicarlo la Iglesia, so pretexto de que no le constaba que aquella mujer, en vida, se hubiese separado del catolicismo; aquí se castiga aun por delito de desobediencia al que ante un Tribunal no se presta á jurar sobre los evangelios; aquí se pena aún al que en la calle no se descubre ó no dobla la rodilla ante las manifestaciones del catolicismo. ¿Es esa la libertad que en todos los tiempos quiso la democracia?

Se ha reconquistado recientemente el sufragio universal, y se buscan ya medios de arrebatarle la elección de parte de los Ayuntamientos, sobre todo, la de los alcaldes. Fué siempre dogma de la democracia que los pueblos debiesen elegir las corporaciones llamadas á regir sus intereses; y hoy, el partido que blasona de liberal dentro de la monarquía busca, principalmente en Madrid, el medio de poner los Ayuntamientos á merced de los gobernadores ó de presidentes que la Corona nombre. El temor á un bando que de día en día crece y cobra vigor y fuerza, ha bastado para hacerle abjurar sus principios y rasgar su historia.

¡Que están agotados los ideales de la democracia! Ideal de la democracia ha sido siempre la soberanía del pueblo; y esta soberanía es incompatible con la de los reyes. Ideal de la democracia ha sido siempre desvincular el poder; y el poder supremo sigue en manos de una familia.

Ideal de la democracia ha sido siempre que las naciones estén regidas por hombres que más se distinguen en virtud y talento; y en las monarquías viven expuestas á que en tiempos bonancibles, las gobiernen hombres de guerra; en días borrascosos, seres de corazón apocado; y en todas las circunstancias, quien de niño vivió al arrullo de la lisonja y creció en la vanidad y la soberbia.

¡Agotados los ideales de la democracia! En Suiza no entra en vigor una reforma constitucional que no reciba la sanción del pueblo; en Suiza, en los Estados Unidos de América, en Méjico, en otras Repúblicas no puede el poder nacional inmiscuirse en la vida interior de las regiones; en Francia, en el mismo imperio alemán, está proscripta de las escuelas toda enseñanza religiosa, para que en ellas puedan instruirse sin menoscabo de su conciencia alumnos de todas las religiones y aun los que ninguna religión profesen. En nuestra infeliz patria sucede lo contrario.

Hagan en hora buena esos hombres su segunda apostasía; pero tengan cuando menos el valor de confesarla. Harto censurables son por lo veleidosos; no quieran serlo aún más por lo hipócritas. Ellos son los que un día calificaron de infelido el progreso, y lo sostuvieron contra hábiles y temidos adversarios; ellos son los que un día pusieron sobre los principios las formas de gobierno; ellos son los que un día no vieron fuera de la federación y de la República medio de redimir la patria; renieguen en hora buena de las ideas que ayer enaltecieron y derramaron con fogosa palabra por todos los ámbitos de la península; guárdense, cuando no sea más que por pudor, de mentir á las gentes y de ultrajar á los que hoy, como ayer, permanecen firmes en sus doctrinas y si un día las creyesen erróneas, lejos de ir á darse un espectáculo á los Parlamentos, se retirarían á lamentar en silencio sus errores. Dura es para el apóstata la vista del consecuente, en quien de continuo ve reflejada como en un espejo su apostasía; mas ¿no habría de haber ni aun este castigo para el que, después de haber inflamado los pueblos con ideas de libertad y de progreso, se entrega y quisiera entregar á los que antes le siguieron á partidos que les presentó siempre como enemigos?

F. PI Y MARGALL

## PEQUEÑAS VERDADES

Que un partido político de la derecha tenga jefes ó jefe, es lógico; que los ten-

gan los partidos democráticos, ó como si los tuvieran, la verdad, repugna á todo hombre sincero, leal, animado de ideales y no de vil idolatría.

Y sin embargo...

Los partidos democráticos, los núcleos de la izquierda—incluidos los que van contra el régimen económico-social, y éstos infinitamente más que los otros—ó no son sino conglomerados de *fulanistas*, esto es, nada, ó se formaron por hombres que comulgan en los mismos principios y sienten iguales anhelos. Rebaño en el primer caso, conjunción de voluntades y conciencias en el segundo; cerros que dan valor á una unidad—ó parece que se lo dan,—hombres dueños de su juicio, soberanos dentro de la disciplina: este es el dilema.

Y aun es tolerable la idolatría hacia los hombres singulares, casi únicos, hacia los Bakunin, Marx, Pi y Margall, Salmerón, Castelar, hacia los fundadores de un ideal que removió muchedumbres ó que las remueve; pero ¿cómo se ha de exigir que besemos el suelo que huellan los subalternos que bien ó mal trabajan por las ideas que aquellos hombres ilustres propagaron? ¿Por qué hemos de glorificar en vida á los que, por sus méritos indudablemente, destacan algo de la masa? ¿Por qué razón hemos de atribuirles á ellos exclusivamente la obra en que trabajó una legión gloriosa de abnegados?

No hace aún mucho leía yo en un periódico radical una diatriba tan vehemente como ramplona contra los «críticos», y de aquel triste y desolador afiljo de palabras resultaba que lo que se necesita no son hombres que discurren sino gentes que borreguilmente obedezcan. Y si se leen algunos periódicos y publicaciones de este y del otro organismo, resulta con espantosa y desoladora frecuencia que no hay mas hombre que D. Fulano ó que el compañero Zutano ó que el camarada Perengano.

Y así ocurre que estos hombres, todos dignos, todos talentados, todos inmejorables, se hacen á vivir en un ambiente artificial y llegan á medir por el afecto personal, por la sumisión á sus personas, y hasta por el villano servilismo la fe de los partidarios, el amor á las ideas, y el espíritu de sacrificio por ellas, y así aceptan como cosa lisa y llana las glorificaciones de las fementidas presidencias honorarias, y hasta que su retrato «presida» círculos y casinos.

No; enhorabuena que se eleve á uno; pase como un mal menor que esta elevación sea vitalicia; pero en todo caso sin considerar al elevado más que como un mandatario y no como algo sacrosanto



y midiendo y pesando sus palabras y sus actos más, muchísimo más que los de cualquiera del montón.

No ya la realización plena de un ideal democrático, sino el simple avance hacia él es tarea de voluntades conscientes y concordadas, no de Mesías ni de Redentores, que jamás los hubo ni los habrá, porque nuestros redentores somos nosotros; así que con todos los respetos, gratitudes y aún admiraciones, la verdad, nos conviene mucho ser brutalmente iconoclastas.

Y como hay que luchar contra un ambiente mefítico, acaso no sea perjudicial, sino todo lo contrario, «extremar la nota».

Después de todo alguna compensación, es decir, alguna espina han de tener las exaltaciones personales.

J. J. MORATO

## Cosillas

*Ideal*, de Zaragoza, el semanario que hace tiempo me amenazó con un Homenaje, propone ahora que sea yo quien presida la Asamblea que se celebre para pactar la unión.

Antes de que algún otro periódico acoja la deplorable idea, declaro que, agradeciendo mucho la intención, no acepto la honra.

¿Razones? Varias.

1.ª Que me revienta la exhibición. (Cantata 666 de Bethoven).

2.ª Que haría un papel muy desairado. No habiendo asistido si no á ocho ó diez actos de esos en mi vida, y en clase de público, no sé una palabra del oficio de Presidente.

Y 3.ª Que debo evitar á algunos correligionarios, á quienes he combatido por que no se unían, la contrariedad de verse presididos por mí. Pudieran tomarlo por una especie de trágala.

Por estas razones, no sólo no presidiría, aunque todo el partido se empeñase, sino que ni asomaré por el local si la Asamblea se verifica en Madrid: parecería que me ocultaba para que me llamasen.

¿Que en la democracia no hay más ley que la de la mayoría, y que si ésta acordase que yo presidiera, no tendría más remedio que obedecerla?

—Sí, me sé eso de memoria; pero como en la democracia todo individuo es autónomo, yo me agarraría á este principio y á ver quién osaba contradecirme. La mayoría podrá obligarme á que realice un sacrificio; pero un acto en que gane yo algo, aunque sea un algo tan mezquino como la satisfacción de una vanidad ¡oh!, no; esto no. Además, si lo que he hecho por llegar á la unión mereciese algún premio, el presidir la Asamblea que se pactase sería muy pequeño. Y si no merece ninguno, como yo opino, cualquier correligionario sirve para el caso.

¿Van todos dispuestos á pactar leal-

mente la unión? Lo de menos es la presidencia. ¿Van con recelos y reservas mentales? Pues así presidiera el Padre Eterno, asesorado como de costumbre por el Espíritu Santo, la unión resultaría una engañifa más al pueblo republicano.

Y yo habría sancionado esa engañifa con mi presencia.

Convengamos, pues, en que la proposición queda desechada.

Iba una andrajosa joven por la calle de Cabestreros con un monigote entrapado en brazos, pidiendo limosna bajo el frívolo pretexto de que no tenía ni pan que darle ni albergue donde resguardarle del frío.

El chico, que debía ser listo, enterose sin duda de lo que su madre iba haciendo, y pensó para sus guñapos: «¿Sí? ¿Conque así estamos? Pues presento la dimisión.» Y comenzó á temblar y á disminuir poco á poco el resuello.

La madre comenzó á gritar angustiada y llorosa, y corrió desolada hacia la Casa de Socorro del distrito de la Inclusa.

Pero el arrapiezo, que debió adivinar su propósito, el de que lo alimentasen para ver si se reanimaba, acentuó sus temblores y sus morisquetas, y en mitad del camino se quedó definitivamente tieso como un espárrago.

Y no sé más.

Supongo que su cuerpo estará ya mezclado en la fosa común del cementerio católico de la Almudena con los de los demás aristócratas del hambre que se dedicaron aquel día al último sport; y que su alma, si por fortuna lo pertrecharon á tiempo con las purificadoras aguas del bautismo, estará ya desgañitándose allá por las alturas en alabanza del Dios bueno, justo y misericordioso, al que ángeles y serafines cantan: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

—Y de la madre ¿qué?

—Pues nada que yo sepa. Quizás ande por los alrededores de los conventos de monjas, frailes y hermanas de la Caridad aspirando los vahos que suben de los sótanos en que tienen las cocinas, para afirmarse así en la consoladora creencia de que la cristiana es la religión del pobre y del desvalido.

Esto de ser diputado debe traer grandes ventajas de todas clases.

Únicamente así medio me explico que los políticos monárquicos se vuelvan locos porque los encasillen, y los republicanos se afanen tanto por hacerse agradables á las masas en cuanto ven en lontananza unas elecciones. A'gunos hay, de los primeros especialmente, que hasta se gastan miles de duros por alcanzar un acta.

Hay un antiguo refrán que dice, que «no se dan ni palos de balde»; aplicándolo á esto de la diputación, habrá que convenir en que el dinero que en ellas se gasta debe colocarse á réditos muy crecidos; al ocho ó diez mil por ciento próximamente.

Podríamos creer que el amor á la patria imponía á todos tan costosos sacrificios,

si los viéramos luego desvivirse por servir; pero como suele acontecer lo contrario, no puede admitirse.

Y todavía comprendería que los profesionales de la charla aspirasen á ser diputados; no hay escenario en mejores condiciones acústicas para ser oídos en el último rincón de España; pero eso de que se pírren por ir al Congreso los que pudieran con perfecto derecho solicitar su ingreso en el Colegio de sordos mudos, esto ya no me lo explico.

¡Verdad es que no me explico tantas otras cosas!...

Corrió por los periódicos la noticia de que Rodrigo Soriano iba á casarse, bendiciendo su unión el arzobispo de Tarragona, ese López Pelaez tan enemigo de la Mala Prensa, como fachendoso y buccarruido.

Lo primero, lo de que se casase, lo creí; nadie está libre de un mal pensamiento; pero lo segundo, no. Se lo dije así á cuantos me hablaron del asunto. «Soriano puede suicidarse matrimonialmente; moralmente y políticamente, no.»

Y me alegré haber pensado de este modo al leer esta noticia que el sábado publicó *España Nueva*:

### Noticia falsa

Tarragona 29

*Es absolutamente falso que el ex obispo de Jaca, arzobispo Tarragona, case á Soriano, como dicen con perversa intención los periódicos que hacen negocio con La Cierva. A «España Nueva» manda Soriano declaraciones.—Corresponsal.*

¡Ya decía yo que no podía ser!

Recibo estos días muchos artículos con opiniones diversas sobre la manera en que la unión republicana debe pactarse. Ruego á los autores que me perdonen no publicárselos.

Habiendo yo desistido de mantener la mía, la de la reorganización por provincias, por no dificultar la inteligencia, parecería como que buscaba por tabla la carambola de retrasar la unión, ó dificultarla ó impedir la publicando artículos ajenos en pro ó en contra de ésta ó aquella fórmula.

Y me molestaría que nadie pudiera ni pensarlo, habiendo jugado yo siempre con las cartas boca arriba, aun sabiendo que esto es una inocentada en política, donde impera, tanto como entre los jesuitas, esta máxima: «el fin justifica los medios.»

## Puñetazo decisivo

Superior á la Virgen, superior á los santos, superior á los ángeles es el sacerdote católico, por que, con una bendición hace que baje diariamente á sus manos el mismo Cristo en persona, manos que quedan por este hecho santificadas.

Pues bien; con sus mismas santificadas



maros admiró en la roche del día 25 del mes último D. Cayo López, respetable ministro del Altísimo en Toledo, tal puñetazo á su colega en tonsura don Luis Neira, que ni un rayo, signo inequívoco de la colera divina, lo hubiera despenado más pronto.

El Señor nos preserve de las manos de curas apostólico-romanos.

El suceso, que si no es inusitado entre presbíteros, es lamentable por las consecuencias, me ha recordado que allá por el año noventa y tantos del siglo pasado, enjareté el romance que copio á continuación, ensalzando las manos sacerdotales:

### La mano del párroco

EL 3.

¡Oh mano, aunque fea y tosca,  
bendita del reverendo!  
¡Cuántas cosas y cuán varias  
haces con tus cinco dedos!  
Tú administras el bautismo  
á los chiquillos del pueblo,  
haces la inscripción y al punto  
les reclamas los derechos.  
Tú das la absolución santa  
á quien contrito y confeso,  
renegando de sus culpas  
aspira á subir al cielo.  
Cual por ensalmo conviertes  
en dos minutos ó menos  
un pedazo de pan ácimo  
en Cristo y Dios verdadero.  
Unges con óleo bendito  
á agonizantes enfermos,  
y unes en estrecho lazo  
á enamorados mancebos.  
Tú traduces en borrones  
los sermones sempiternos  
que fragua y perpetra el *páter*  
allá en su oscuro cerebro.  
Tú manejas el trabuco  
con que en no lejanos tiempos,  
para defender al *Chapa*  
se echó á las matas tu dueño;  
blandes el ligero hisopo,  
hojeas el evangelio,  
esgrimes el incensario  
y bendices á los muertos...  
Pero lo que más me admira,  
es la gracia y el salero  
con que, por la menor cosa,  
das una paliza al verbo.

Si hubiese escrito ahora ese romance lo habría terminado así:

O suprímes de un sopapo  
á un prójimo de alzacuello,  
como ha hecho López con Neira  
en la ciudad de Toledo.

No habría sido por esto menos verdadero, pero hubiera quedado bien documentado.

Hace pocos días un caballo dió una coz tan tremenda al mozo que lo cuidaba, que el infeliz falleció al poco rato.

Esto prueba que cierto animales no carecen de instintos clericales.

Repito que no puede El Motín hacerse eco de los acuerdos particulares de cada provincia y localidad: harían imposible su objeto y su campaña.

Por esto no entro en detalles de lo ocurrido en el Distrito de Sabadell, al que ningún otro regateará los méritos que tiene adquiridos en la lucha por la libertad popular; si bien diré que allí se ha celebrado el pacto de unión de los partidos republicanos que se proclaman autónomos en la dirección de sus fuerzas, y ofrecen sus servicios y ayuda á todo movimiento que se presente con voluntad y garantía de *ir á alguna parte* y de salir de la estacada en que nos hallamos.

Las demás agrupaciones que en este sentido se formen en otras partes pueden contar con el Distrito de Sabadell, donde han sido ya derribados los ídolos para construir con los guijarros de sus pedestales el sollo del pueblo.

Lo cual está muy en consonancia con el espíritu republicano: que lo haga la masa por su impulso, sin esperar la *real orden*.

Por orden del ministro de la Guerra han sido detenidos en Londres veinte suboficiales de diversos regimientos de la guarnición.

Se les acusa de haber pedido fuertes comisiones á varios comerciantes que entregaban mercancías averiadas para su ministro del Ejército.

He aquí una noticia que no pudiera darse en España sin graves riesgos, si los supuestos delincuentes pertenecieran á nuestro ejército.

En este punto la civilización no nos ha invadido todavía.

El obispo de Barcelona está enfermo de gravedad y para que se aliviara fué expuesto en la catedral el Santísimo Sacramento y se celebraron rogativas, á las que concurrieron las autoridades.

Me pareció muy bien, suponiendo que al exponer el Santísimo habían despedido á los médicos.

De esta manera, me decía, no habrá en adelante dudas acerca de á quien se debe su curación.

Pero hete aquí que leo en la prensa de hoy lunes, que ha experimentado algún alivio gracias á la morfina, y quedo sumido en un mar de confusiones.

Sin saber á qué carta quedarme, y recitando mentalmente aquello de

Si rejas ¿para qué votos?  
si votos ¿para qué rejas?

Una masa informe de sangre, carnes magulladas, huesos rotos y trapos destrozados fué sacada de debajo de un tranvía en la calle de Sagasta.

Todo aquello, según pudo averiguarse después, había constituido segundos antes un niño de seis años.

Hubiera el hecho resultado horrible, si el ver así á diario otros parecidos, no hubiese embotado algún tanto nuestra sensibilidad; esto no obstante, declaro que no son agradables tales espectáculos.

Por lo demás, no sé si compadecer al chico, ó felicitarle por la suerte que le ha cabido. Para vivir como vivía...

Porque fíjense mis lectores en estos párrafos que la prensa ha publicado, referentes á la entrada de varios periodistas en el cuarto que el niño habitaba con su familia:

«Cuando nuestros compañeros entraron en el piso bajo de la finca, un cuadro de horror y de miseria se extendía á su vista.

En un catre miserable yacía la madre de la criatura atropellada, que desde que se enteró de la muerte de su hijo sufría continuos ataques. Durante uno de ellos se produjo una fuerte contusión en la cabeza.

Alrededor del pobre lecho tres pequeños de cuatro á seis años, vestidos de luto, lloraban amargamente.

Doña Emilia Riano de Oca habló á nuestros compañeros de esta manera:

—Mi pobre hijo iba á un recado. Como ustedes ven, yo me encuentro en la mayor miseria; mi marido falleció hace un año, y para alimentar los míos sólo dispongo de una modestísima pensión que me envía mi padre.

Esta nueva desgracia termina con mis fuerzas. Si no fuera por mis pobres hijos buscaría la muerte para acabar con tanta desventura.

Nuestros compañeros salieron emocionados.

La pobre madre ha vivido en una posición desahogada y tras de haber sufrido los rigores de la miseria, tienen ahora que soportar este nuevo dolor.»

Aterraría esa descripción si no tuviéramos la seguridad de que los directores y servidores de los muchos conventos y asilos benéficos de Madrid, viven espléndidamente.

JOSÉ NAKENS

### A los que un día fueron de la Iglesia y han dejado ó quieren dejar de serlo

Antiguos compañeros: Muchas veces y de muchas partes se me ha requerido para que promueva la *asociación* de los que fueron de la Iglesia (clérigos quiero decir, aunque me cueste escribir la fatídica palabra). Y otras tantas veces me he negado á ello por estar convencido de que, si el español es de suyo insociable, ó sea incivil, ó sea selvático, mucho más lo es el que fué clérigo y dejó de serlo, según la experiencia me ha demostrado.

Porque ocurre que el que sale con el riñón cubierto, ya lo lleve cubierto por su propia herencia, ya por haber pescado algún momio que no hace falta nombrar, estos que así salen nada quieren saber de los otros á quienes consideran tontos de remate, y cuya tontería suele ser testimonio acusador de la no siempre morigerada y bien quista listeza de los vivos.

Y los que salen sin zapatos y sin alforjas, es cierto que acuden y se ofrecen á asociarse mientras aprieta la necesidad: mas en dejando de apretar ésta, vuelven-



se como los otros, y con un «¿quién venga detrás que arré» creen haber cumplido con los de atrás y con los de delante.

Como se ve, el porvenir que espera á la asociación resultante de este espíritu general, no podría ser de más triste figura, si es que ya no caía de bruces en el ridículo y acababa en un abucheo popular.

Y como ya voy camino de viejo, y las chocarrerías no sientan bien á las canas, que aunque sean precoces son siempre canas; ni tengo tiempo demás, y el humor se necesita para entretenimientos de mejor gusto, por estas razones me negué hasta aquí á iniciar ni á promover cosa en este sentido.

Mas ahora se han repetido estos requirimientos y conjuros; y sin haber perdido esta fe, me dejo llevar de estos consejos y os digo á los que queráis oírlo:

Amiguitos: ¿os parece bien el andar desperdigados por esos mundos, solitarios y vagabundos, sin clase social á qué pertenecer, y ofreciendo con esto al enemigo, la Iglesia, el arma de haceros trapos de escarmiento para otros? Pues yo os juro que haciéndoos matar por la Iglesia entre los gentiles y dando vuestras carnes á la mesa de los antropófagos, no la rendiréis tan lindo y apreciable servicio como el que le estáis prestando con vuestra actitud. Porque de este caso vive la Iglesia, á saber: de los que se quedan dentro aterrorizados, y de los que salen fuera para aterrorizar con su ejemplo á los de adentro.

Díréis que si el público, que si la sociedad, que si blanco, que si negro... y tendréis razón; y también la tienen la sociedad y el público y el negro y el blanco para no fiar mucho en la seriedad de los que aceptan tal oficio de espantajos. De modo que, si: el público, la sociedad... ¡y vosotros! Tal para cual.

¿Que no sola todos así? Pues á verlo.

En Francia, Bélgica, Italia y otras naciones, funciona ya la Asociación que yo llamaría de *Cautivos redimidos y por redimir*, atenta, no sólo á sostener á los que salieron de la Iglesia en la lucha por la vida para salvarles de caer nuevamente en poder de los corsarios religiosos, sino también á buscar sendas por donde puedan escapar los cautivos que aspiran por la libertad.

¿H. y gentes para ello?

Si se reúne el número suficiente, procederemos á organizar este *escuadrón*, que no será el menos temido del enemigo.

Redactaremos unos estatutos donde quepan todos los salidos, estén donde estén; se constituirá legalmente, buscaremos asilo en la *Casa del Pueblo* de Madrid, y... veremos.

La idea queda lanzada. Por mi parte queda cumplido mi deber de tocar llamada. Si los demás están duermes, que los llame Cachano con su teja.

S. PEY ORDEIX



## LIBRO NUEVO

### “Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

El siguiente artículo es uno de los del tomo:

### Por un gallo

Evaporósele un hermoso gallo á una católica que habita en una barraca en Alboraya, y sospechó que lo habría alojado en su estómago alguna familia de la vecindad.

Indignada, interrogó á todos los santos de la Corte celestial, mas ninguno le dió noticia del paradero del volátil; y entonces, en un momento de arrebatado disculpable, exclamó ante varias vecinas:

«Donaría l'ánima al dimoni en tal de saber qui te el pollastre.»

¡Horror!

No había acabado de pronunciar estas sacrílegas palabras, cuando lanzó un grito y se tapó la cara con las manos. El demonio, con rabo, cuernos y uñas largas, negras y afiladas apareció ante ella, haciendo muecas horribles y bailando una especie de canción.

¡Terrible situación!

La pobre mujer pedía socorro y trataba de huir del angel malo, pero el terror la tenía como petrificada. A todo esto las vecinas, que no veían al recién llegado, estaban como en babia.

Pero explica la dueña del gallo lo que vela, y aquí del espantarse y el gritar y el correr hasta dejarla sola.

A poco una de ellas, más animosa, volvió con un rosario enorme que arrojó al cuello de la huertana.

¡Ya era hora! Si tarda un segundo más el demonio se la lleva.

Al ver éste el rosario, lanza una especie de *jipío* doloroso y desaparece por escotillón. A'guien pensó si se habría introducido en el cuerpo de la blasfema.

Por la noche el cura de Alboraya fué á la barraca de la huertana con objeto de exhortarla y comprobar si el angel malo se le había introducido ó no en el cuerpo.

Ignoro el procedimiento que emplearía ni el tiempo que con ella á solas estuviera: de esta diligencia no han trascendido detalles al público. Y quizás en esto esté la gravedad, mejor dicho, el busilis.

A los que me pregunten si el gallo ha parecido, les contestaré que lo ignoro.

Posible es que el diablo, para despistar á los creyentes, lo haya transformado en otro animal cualquiera; acaso en un conejo. Y si es así, ¡pobre de él si se pone á tiro del páter!

Lo destroza seguramente.

Son terribles los curas para batir en bracha al diablo en forma de conejo.

1901

## O la unión, ó á casa

Cuarenta años nos hemos pasado tocando el bombo, el violón, pateando y gruñendo.

Cuarenta años que si zorrillistas, que si castelaristas, que si salmeronianos, que si plistas, que si radicales, que si unionistas, que si federales, que si centralistas, que si progresistas, que si autónomos, que si revolucionarios, que si evolucionistas.

Cuarenta años esperando el pavo republicano. Cuarenta años levantando ídolos, destruyéndolos, creando coaliciones, deshaciéndolas, pactando uniones, rompiéndolas, insultándonos, despedazándonos, triturándonos.

Y á todo esto, la pobre patria esquilada, yendo de catástrofe en catástrofe, juguete de politicastos, de aventureros y patanes.

¿Tenemos derecho á hacer el ridículo por más tiempo? Me parece que cuarenta años de píruetas de clown, son demasiadas payasadas.

Se habla de una unión republicana, se dice que ahora va de veras, que se hará, que se dirá, que tal y que cual. Sea. Pero no nos engañemos más, ni engañemos más á nadie. O la unión permanente para hacer labor positiva hasta lograr aquello á que aspiramos, ó se grita el ¡prompan filas!, y á casa.

Es preferible dedicarse á la cría de conejos, coleccionar postales, cantar versos á la luna, pisar por hombres *sesudos*, *graves* y *prudentes*, confundirse entre el inmenso rebaño de tontos y estúpidos, á estar representando por más tiempo el papel de fantoches de un teatro de polichinelas.

JOSÉ BATISTA BUSQUETS

Barcelona.

## La iglesia y la guerra

¿Recuerdas, lector, aquellos escánalos con que la Iglesia, si npre santa, nos regalaba la vípera de cada empresa guerrera?... Trifunos, rogativas, misas de campaña, juras de banleras, arengas sacro belicosas, escapularios, estandartes monjiles, benedicciones... Y luego la consabida junta de damas haciendo hilas para los heridos, poniendo un paré itesls á su grata é importante labor de mitar las pulgas al pobrecito perro de fallas, y aquellas tómbolas de caridad, las kermeses, las funciones benéficas, el jaleo en la prensa de la dona Sinfoniosa y de la señorita Cándida, las consabidas pollitas de Pérez y las imprescindibles Quintacorchivari Barrilegal, con las celosías ilustres Peringonas de Cuerno Sigrado y Palo Santo...

¿Y los párrocos? Que un día letanias, que otro día misas á San Jorge, y todos



la oración de Santiago, y para variar, ya un Tedeum en acción de gracias, ya un funeral por los muertos...

¡Eso era siquiera Iglesia española y piedad nacional y religión patriótica!

El obispo iba al muelle a despedir las tropas; el Narciso bendecía los barcos; el Papa concedía indulgencias y todas las monjas y frailes se daban un disciplinazo delante de Dios en sus lindas y delicadas carnes, para convencerle de la razón que había para decidirle en favor de las armas españolas...

¡Oh, qué bien comentaban los oradores bien cenados y dormidos el hermoso:

*¡pro aris et focis!*

*¡por Dios y por la Patria!* Así pagaba el buen Dios por medio de su Santa Iglesia los seiscientos millones de pesetas anuales que sacan de España sus fieles y ministros.

Mas ahora... ¡nada!, no se oye una campana que doble á muerto por los soldados difuntos. Ni un mal harmonium que eleve plañidos al cielo; ni un incensario que perfume los campos llenos de cadáveres; ¡nada! A la Iglesia no le importa aplacar la guerra, sino que subsista y continúe, según gritan sus periódicos que cobran patrióticamente el sueldo del ministerio sacro y esconden sus hijos en los conventos para eximirlos del servicio...

¡Nada! la Iglesia está en huelga silenciosa. A lo más, alguna misilla de encargo con pago anticipado.

Ni Dios hace milagros, ni Santiago envía su caballo, ni San Narciso sus moscas... Todo en huelga... Se hace la guerra como si se tratase de un pueblo sin Dios...

Sólo entre los frailes se preocupan de quienes llevarán el momio de misioneros oficiales de España. Los jesuitas, atentos á los negocios de las minas; los del Immaculado Corazón de María, indagando en cuál puesto podrán anudar su comercio de Fernando Pó; los franciscanos cogiendo de acá y de allá lo que pueden; los agustinos, moviendo sus hilos y sus capitales... Todo esto es un decir de malas lenguas.

Y será por esto que la Iglesia no se mete ni los santos se mezclan en la refriega, que no contamos como antes los fracasos por días.

Porque está visto que la compañía de la Religión fué harto fatal para España. Mientras había reyes que ahorcaban nuncios y rasgaban bulas, fué España próspera: desde que dejaron de blasfemar los generales y los soldados suplieron con la comunión la borrachera, desde entonces España va de capa calda y de abismo en abismo.

¿Si será verdad lo que dicen los cismáticos griegos, de que la bendición papal trae mala sombra?...

De ser así, habremos de pedirle por favor que nos levante el peso de su bendición apostólica y que se digne excomulgarlos cuanto antes.

¡Qué bien les ha ido á las naciones ex-

comulgadas! ¡Y qué mala pinta llevan las bendecidas!

He aquí el servicio que puede prestar la Iglesia: no meterse en nuestras cosas y... marcharse cuanto antes y cuanto más lejos mejor. Para echarla ¡cuánta falta hacen el caballo de Santiago y las disciplinas de Cristo!

R. MAYOL

## EL PROTESTANTISMO ESTÉRIL

*ó fracaso protestante en España*

Me río con toda mi boca siempre que tengo noticia de que los mal llamados evangélicos, en realidad protestantes españoles, hacen alguna moción por la libertad de conciencia.

¿Para qué la desearán?, me pregunto; porque con ella lo mismo que sin ella, no han de adelantar un paso y nadie mejor que ellos lo saben. Lo que habían de conseguir, conseguido lo tenían á los cuatro ó cinco años de aparecer; después, el estancamiento, la esterilidad, el fracaso.

Que no lo atribuyan á la hostilidad de los gobiernos, ni á la oposición de la Iglesia católica y menos aún al temperamento de nuestra raza meridional. Los primeros no hicieron jamás lo bastante para ahogar una semilla religiosa que hubiera entrañado regular potencia germinadora, para cuyo arraigo no dejaba de estar preparada más de lo que se cree la tierra española. Por su parte la Iglesia, frente á los protestantes, no pasó del hacer que hacemos, que juzgaba indispensable para cubrir el expediente; en realidad los protestantes la preocuparon desde luego muy poco. El carácter español con todos sus defectos, ni mayores ni menores que los de otros pueblos, no es refractario á una reforma religiosa, y bien descontento que se halla del sacerdocio romano.

Yo sostengo que si el Estado español establece omnimoda libertad de cultos y la practica sinceramente de modo que todas las sectas gocen de la más amplia y libre acción; si al mismo tiempo la Iglesia católica se cruza de brazos y el pueblo permanece sosegado, nada hostil y á la expectativa, como es lo corriente respecto de todas las propagandas, el protestantismo no adelanta un paso en su camino por España.

¡Ah! no; que por bueno que sea una tierra y bien preparada, si no se conocen sus propiedades y sin tenerlas en cuenta se arroja sobre ella una semilla pobre ó mal sembrada, no hay que echarle la culpa de que no fructifique.

Los protestantes ingleses y alemanes, que fueron los invasores de nuestro campo, no nos conocían; y los enviados que nos introdujeron, nunca llegaron á conocernos al cabo de cuarenta y cuatro años (1869-1913), y ahí están los que entre nosotros se quedaron, tan ayunos hoy como al principio de nuestras cosas.

Rutinarlos, torpes, estrechos, orgullosos, engreídos con la superioridad de sus respectivas naciones y tomándonos por una raza inferior, fanático, ignorante y apegada á la forma, ha resultado patente que los apegados á las formas eran ellos, más fanáticos é hipócritas que nosotros, y completamente legos en el arte, por demás sencillito, de atraernos.

Si, rutinarios que, encariñados con la pretendida eficacia intrínseca de la Biblia y de predicaciones soñolientas, buenas cuando más para los ya convencidos y que no acertaban con los resortes del sentimiento, dieron en la sandez de figurarse que repartiendo Antiguos y Nuevos Testamentos y predicando en locales sin atractivos, iban á conquistarnos.

Apegados á las formas, sí; pues más que nadie estaban obligados, á fuer de seres superiores que se creían, á saber que lo esencial es el contenido de doctrina y toda forma resulta buena, si realiza el fin de infiltrarlo. Pero, no; en su fanatismo estúpido inconoclasta y en su manía de llamar tan sólo á las puertas de la razón, como si el sentimiento no fuera nada en lo religioso; tan torpea que no concibieron siquiera la distinción tan manifiesta entre los caracteres étnicos del Norte y los meridionales, aferrándose á las formas secas, adustas y poco estéticas del protestantismo más puritano, y faltos de flexibilidad y de táctica, imaginaron, ¡incenten! que con tan deleznable arsenal iban á batir un culto espléndido, ornado con todas las sugestiones del Arte.

Así como San Francisco Xavier, misionando en la India, arrojó al suelo y pisoteó el crucifijo que solía mostrar á los naturales del país, cuando se percató de que lo tomaban, no como una imagen, sino como un ídolo, así los protestantes debieron arrojar aquí por la borda todo su inútil bagaje cultural indigesto, monótono, cansino y árido, al ver, y ni eso vieron, su inadaptabilidad á nuestro temperamento y á nuestros instintos.

¿Qué ha hecho la Iglesia católica al penetrarse de la aduantez de su culto oficial? No podía abolirlo fácilmente y prescindir de sus máximas, vísperas y completas; de sus letanías y cánticos; pero toleró en los países meridionales ese culto intermedio «extralitúrgico» de novenas, tríduos y ejercicios, manifestos y reservas, en el que se usa la lengua vulgar, y, tomando el público alguna parte en las funciones, se le atrae, se le entretiene y recrea, salvando algo el fardo litúrgico y latino que separa el presbiterio de la nave que ocupa el pueblo.

Ha dado así muestras la Iglesia católica de ser más flexible, más fácil política y más liberal que el protestantismo.

Yo, yo solo, y perdonéme la inmodestia, siquiera á título de sacerdote, ya no joven, y encanecido en el estudio de los ritos cristianos desde su origen; antiguo liturgista y pertinaz observador; yo, repito, me atrevo á escribir en poco tiempo un sistema ritual artístico, sugestivo y atrayente, que pueda competir con



las formas católicas más aceptadas por la masa; que aproveche de ellas lo mucho que tienen de útil ya experimentado, hasta el extremo de que las gentes casi no se percaten de la diferencia, porque encuentren todo aquello que las impresionaba, y, sin embargo, dejando a salvo la dogmática protestante en todo su rigor iconoclasta, en toda su justa aversión (lo reconozco) a la idolatría, pues yo también la profeso.

Lo necesario en esa labor es talento, erudición, experiencia en artes del culto y en observar, en tomar el pulso a los latidos del corazón del pueblo.

Pues qué, ¿no vemos que aun los ritos más áridos, intrincados e incomprensibles del catolicismo y del cisma griego, cuando son artísticamente practicados, seducen, impresionan y encantan a la multitud, aunque no los comprende?

Estas verdades se han ocultado a nuestros protestantes, con ser relativamente obvias. Si alguno las ha penetrado, desde el extranjero o le han opuesto severísimo veto; y aquí los protestantes directores, extranjeros también, han ahogado las iniciativas de los pastores españoles que, algo conocedores de nuestros gustos, insinuaron la necesidad de una prudente adaptación a ellos.

No; hay que mantener nuestras formas tradicionales luteranas o calvinistas. Y ¿qué es ese empeño más que un torpe y grosero fanatismo rutinario? ¿Qué, sino preferir la forma a la esencia, y salvarse aquella, aunque perezca ésta? Buena; se guíe por ahí, que ya verá adónde va a parar, dijeron los pastores españoles aludidos. En efecto; se ha ido al más espantoso, al más ridículo fracaso. Era lógico; pero la lógica no dice a esos señores cosa alguna.

Hoy, la situación del protestantismo en España no puede ser más desastrosa; lo sería igualmente si en los cuarenta y cuatro años que lleva viviendo entre nosotros, hubiera disfrutado amplia libertad de cultos. Casi debe agradecer a la Restauración que tal cosa no haya hecho, pues así le suministra una apariencia de justificación del trabajo, que no la tendría con dicha libertad.

La verdadera causa del desastre está en los protestantes mismos, así en los que los dirigen y sostienen a peso de oro desde el extranjero, como en los que aquí mangonean el catarro tan torpemente, que ni subvencionados por el catolicismo le haría mejor su juego. De estas torpezas trataré en breve con la claridad sincerísima que acostumbro.

JOSE FERRANDIZ

**¡VIVA!**

La vida es amor y odio. No vive quien no ama; y sin la balsa del odio hasta el amor es desabrido, pues la existencia exige esos contrastes. ¿Qué monotonía, qué insipidez, qué tristeza las de una vida sin luchas ni pasiones!

Las pasiones colectivas son reflejo de las individuales. Si éstas son vehementes, aquéllas lo son más; pero si son débiles, en la colectividad resultan forzosamente atenuadas y minúsculas.

Sus pasiones personales pueden llevar a un hombre a la gloria o al patíbulo, cuando son pasiones masculinas y honradas; no lo llevan a ninguna parte si son artificiosas, pasajeras o superficiales.

Y las colectividades no pueden ir tampoco, no van a parte ninguna, sin el impulso de varoniles pasiones.

Así luchan por su libertad los pueblos que sienten hondo, y no lo hacen ni aún por la existencia los pueblos que se acostumbra a la postración, al servilismo y a la indiferencia del esclavo.

Alguien dirá que no llega pueblo alguno a ese indiferentismo escéptico, a esa degradación pasiva y cínica, a un vasallaje sin protesta. Pues a quien lo diga le responderé que, ante todo, es necesario saber qué se entiende por pueblo.

No faltan definiciones, pero todas malas, incompletas, inexactas o confusas.

Véanse algunas:

«Conjunto de los habitantes de un país.»

«Gente común y ordinaria.»

«La hez social.»

No es exacta ninguna de las tres definiciones; pero aceptando la primera, entendiendo que es pueblo ese monstruoso conjunto, esa amalgama de honrados y bribones, de aristócratas y menesterales, de vagos y de obreros, de pobres y de ricos, de sabios y de ignorantes; de mujeres y de hombres... Si ese conjunto inarmónico, repugnante e indescifrable es lo que políticos, estadistas, pensadores y sociólogos han llamado «pueblo» y aun «pueblo soberano» (sin soberanía), en este caso declaro francamente que odio al pueblo con toda la intensidad de mis pasiones. Si eso es pueblo, me importará bien poco su extinción. Aun los elementos más útiles y sanos resultarán impotentes, confundidos entre burgueses menguados, sofistas y ladrones.

Odio al pueblo, si eso es pueblo.

Gozo de la vida porque soy apasionado. Tengo grandes amores y siento odios profundos. Pero tanto como detesto y aborrezco y odio a ese conjunto abigarrado que denominan pueblo, amo al pueblo de veras, al que yo concibo, al que yo sirvo; a la plebe indocta, sin ciencia ni dinero, de la que han salido voluntariamente los defensores de todas las causas justas e involuntariamente los de las causas injustas; a la masa innumera de esclavos ante la ley; a los hombres cuyo plebiscito armado acabará con los explotadores. Que no son los explotados los únicos necesitados de redención y amor.

Quien haya tenido la paciencia de leer estas líneas, comprenderá por qué soy enemigo de esas aglomeraciones que con pretextos más o menos hábiles quieren continuar la confusión, mantener juntos a los opresores y a los oprimidos, ofus-

car a la plebe con promesas de autonomías ilusorias, para después fusilarla.

Mientras siga entendiéndose que del pueblo forma parte todo el mundo, seré enemigo del pueblo.

Pero gritaré con todo mi corazón:  
¡Viva la plebe!

NICOLAS ESTÉVANEZ

## El divorcio del Colegio de Abogados

No nos indigna lo más mínimo el acto desamortizador realizado por el que fué tesoro perpetuo del Colegio, del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid; y en cuanto a esa persona, su ancianidad, su pobreza y la restitución de parte de las 200 000 pesetas le ponen a cubierto de malas intenciones y de odios persecutorios. El Sr. Barriobero, nuestro compañero lo dijo siempre: de no estar a salvo ese señor nada hubiera escrito.

Si tratamos hoy de este asunto, y fuera de la sección acostumbrada, es para analizar lo que hay de justicia providencial—como dirán los católicos miembros del Colegio—en el escandaloso lance de que ha sido esa Sociedad teatro y autor.

El Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, a fuerza de corrección, incurrió en la niñez, y de puro apartarse de cuanto olera a religión, a política, a vida social, se hizo inodoro, insípido e insignificante.

En la vida de relación, en lo social, el gremio de abogados de Madrid vino a tener menos importancia que el de zapateros remendones, que la Sociedad de barrereros y que cualquier Asociación obrera de resistencia.

El Ilustre Colegio a lo suyo, en su casita, sin meterse a redentor, huyendo de todo lo que no fuera de su incumbencia y para su provecho. De la política huía como de la peste, y en religión se atenía a la ortodoxia del buen jesuita, que se reduce a guardar las formas, a huir del escándalo.

Pues al tal Ilustre Colegio le ha salido el peregril en la frente. Hala de exhibiciones y de ruidos, y sus reuniones son escandalosas. No se quería meter en jaleos, en camisa de once varas, en lo que no le iba ni le venía, y anda en lenguas de las gentes.

Nos alegramos.

El Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, por su egoísmo solapado, por su apartamiento de sus deberes públicos, nos es cordialmente antipático. Por eso al verlo delante y en postura adecuada, hemos dado gusto al pie. Con las personas se debe ser generoso, olvidado, tolerante; con las colectividades, no. Lo que hace el Colegio con el que fué su tesoro es digno de loa. Es lo único que ha hecho bien en su insignificante vida. Le ha faltado grandeza. Han debido los compañeros de Junta del tesoro vitalicio poner dinero de su bolsillo para completar la restitución y evitar la pobreza de



su protegido. ¿Qué menos pueden hacer los que se han dejado engañar como unos simples de mollera y pobres de espíritu?

El Ilustre Colegio de Abogados debe completar su buena, su magnánima, su laudable obra, á la que de todo corazón se adhiere el autor de este artículo. ¿Cómo? Muy sencillo: si los colegiados actúan de fiscales ó de acusadores privados en las innumerables causas pendientes contra pobres hombres, delincuentes honrados, que en un momento de ofuscación ó de necesidad abusaron de la confianza de sus consocios ó de sus principales malversando ó distrayendo fondos, retirando la acusación ó renunciando á ella; y si son abogados defensores de los millares de infelices que hurtaron ó robaron una vez, no por oficio, sino por necesidad, espoleados por la miseria, y esperan en prisión preventiva el momento del juicio, solicitando en corporación la libertad provisional de esa pobre gente.

El Colegio, como tal, podía velar por la aplicación de la ley de condena condicional á esos desgraciados, pues es sabido que la rutina judicial rehuye aplicarla.

Mas ¿por qué nos es antipático el Colegio? Porque, frío y egoísta, ha rehuido sistemáticamente el cumplir sus deberes más imperativos y honrosos.

Como colectividad no han oído jamás los abogados madrileños del Ilustre Colegio los ayes de los maltratados en las cárceles; las revelaciones conmovedoras del Sr. Nakens, que en *El País*, luego en *EL MOTIN*, y después en un libro, escribió lo bastante para que, de ser un organismo con alma, un cuerpo con ojos, ese Ilustre Colegio de Abogados hubiese ejercido la defensa colectiva del inocente, del atropellado, del vejado, del robado y del asesinado en cárceles y en presidios.

El Colegio de Abogados de Madrid no se enteró tampoco de las denuncias que hizo *El Duende* en el *Heraldo*, que coplamos y que se comprobaron, sobre la existencia de aquella ziburda criminal ancha al presidio de F gueras, que llamaban *La Siberia*.

Y en 1909, ¿dónde estaba el Ilustre Colegio? ¿Qué fué de él? ¿No oyó? ¿No vió? Todo un fiscal del Supremo va á Barcelona y logra que se califique de rebelión lo que no era tal delito. Se rompe por un gobernador y un ministro de la Gobernación el secreto del sumario, dando á la publicidad, fragmentariamente, papeles viejos, con lo que se infla en la opinión y en los Tribunales desfavorablemente para un procesado. El defensor le ese procesado, el notabilísimo, el valiente, el caballeroso Sr. Galcerán, se queja de la privación de medios y de elementos para la defensa. Se condena á muerte, con el sólo testimonio de un polizonte, que basa su denuncia en una confidencia, al carbonero Ramón Clemente García, y se ejecuta esa sentencia! Se fusila á Ferrer. Y el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, impasible, como si todo eso ocurriera en otro planeta. ¿Y qué iba á hacer? En ningún artículo de su reglamento se halla consignada la

obligación de mezclarse en esos libros de caballería. Es verdad. El deber de volver por la justicia no está escrito en otros estatutos que en la conciencia, y ese ser colectivo que llamamos Ilustre Colegio de Abogados de Madrid no tiene conciencia.

La tienen los Colegios de Abogados de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Italia y hasta del odioso imperio de Rusia, que protestaron contra el fusilamiento de Ferrer, con escándalo y sorpresa de los socios de nuestro Colegio de Abogados, estupefactos al ver á sus compañeros de por esos mundos abogar por quien no puede pagarles la minuta.

El Ilustre Colegio de Abogados no da señales de vida contra esa monstruosa, antijurídica ley de Jurisdicciones. El Ilustre Colegio de Abogados de Madrid no se conmueve al echar de ver los avances de los fueros especiales sobre el común. El Ilustre Colegio de Madrid ha olvidado el principio de la unidad de fuero, y por este olvido no se indignó al ver entender en los sucesos de Cullera á la jurisdicción militar. Es lo que dirán los farantes y mangoneadores y administradores del Ilustre Colegio: en la política y en la religión no tenemos para qué mezclarnos. Menos política y más administración, diría sentenciosamente su dignísimo tesorero.

Pero he aquí que se reúne en Madrid un Congreso Jurídico. Un congresista italiano va á leer una disertación sobre el divorcio. Y entonces este Colegio de Abogados, ciego ante las mayores injusticias, sordo á las peticiones de auxilio de las víctimas de la gentuza criminal que con mengua de las leyes mantiene la del tormento, delicado, melindroso para todo lo que sea inmiscuirse en política, se mete de hoz y de coz en el Congreso Jurídico para solicitar del abogado italiano que no leyera su disertación, porque en el católico Madrid sería ofensivo el discurrir sobre el divorcio.

El entrometimiento del Ilustre Colegio de Abogados acusa su mentecatez colectiva y su bajuno servilismo á la catterva clerical, ¿Que Madrid se iba á escandalizar! No se escandalizó cuanto Luis Morote trató en *La Noche* del divorcio, en media docena de artículos, y no en teoría ó en abstracto, sino defendiendo la incorporación de una ley, regulándola, á la legislación española, y se iba á escandalizar por lo que charlaran los abogados en un Congreso del que la mayoría de la Villa ni se enteró siquiera.

Aquella ofensiva impertinencia del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid acabó de divorciarnos de él, y basta para explicarnos cuanto ha ocurrido, que nos alegre sobremanera.

¿De cuántas cosas é ideas no aparece divorciado ese Colegio que, medroso, escrupuloso y piensa quedico, se alarmó al saber que un Congreso pseudo científico iba á discutir el divorcio! ¡Horror! Ese furor clerical, esa pamema de fariseo, ese escrúpulo monjil, al menos zahorí le bastará para hacerle sospechar

que allí hubo un tesoro; porque ya es sabido: en toda colectividad donde el clericalismo impere, siempre, siempre hay un alma buena que facilita la salvación de sus parientes, consocios ó compatriotas, aligerándolos del pecaminoso lastre de los miserables bienes terrenales.

*El País.*

## La historia eterna

«Los cien peregrinos americanos de que doy cuenta en mi anterior telegrama, visitarán el lunes á Su Santidad, presidido por el señor Espinosa, ilustre arzobispo de Buenos Aires.

Los peregrinos harán entrega de 500.000 francos para el dinero de San Pedro.

(De un periódico.)

Mental, ó idealmente,  
beso las manos  
á esos cien peregrinos  
americanos.  
¡Vaya un tesoro!  
¡Bien dicen que en su tierra  
nadan en oro!

Yo tengo por seguro  
que el Padre Santo  
recibirá á esos fieles  
lleno de encanto.  
No abundan esos  
pladosos donativos  
de cien mil pesos.

De cien mil pesos «oro»  
no de moneda  
nacional, que allí corre,  
pero no rueda.  
¡Feliz el Papa  
que lleva hacia sí gentes  
de todo el mapal

Medio millón de liras  
(no de pesetas)  
haría la fortuna  
de mil poetas.  
Dos mil reales  
y pico, ¿á quién no alivian  
todos sus males?

Sucesor de San Pedro  
con el tesoro  
de un centenar de miles  
de pesos «oro»,  
no harás desaires  
al ilustre arzobispo  
de Buenos Aires...

Yo comprendo que aceptes  
la «luz divina»;  
mas ¿no habrá curas pobres  
en la Argentina?  
No habrá devotos  
que anden por allí hambrientos,  
suclos y rotos?...

CARLOS MIRANDA

LA RELIGION  
AL ALCANCE DE TODOS  
Una peseta.



# EL MOTIN



En la sacristía.—¿Mamá, por qué pega Jesús á esos hombres?  
Ayuntamiento de Madrid

*Cuadro de P. R. de la Torre.*



## Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

|  |         |
|--|---------|
| Suma anterior .....  | 5920'58 |
| José Ríos (Curtis) .....   | 2'00    |
| Lino Vín (Idem) .....  | 1'00    |
| Gonzalo González (Sarria)...   | 1'00    |
| Abundio Luengo (Monforte).   | 1'50    |
| Perfecto Porto (Arnosa).....   | 1'50    |
| Celestino Marco (Molina)...  | 1'00    |
| Vicente Rabés, 1'00.—Fraternidad Republicana, 19'50.—Sebastián Fusté, 1'00.—Ramón Caballé, 2'00.—Pedro Bobé, 1'00.—Júlime Rial, 1'00.—José Oyes Ubos, 0'50.—Juan Torres, 1'00.—Daniel Baró, 1'00.—Fidelio Fusté, 0'50.—Miguel Teixidó, 0'50.—José Pedrós, 0'50.—José Andreu, 0'50. (Todos de Castellserá)..... | 30'00   |

Suma y sigue .....

5958'58

## Haciendo el tonto

Hace muchísimos años que no hacemos otra cosa todos aquellos que hemos tomado el liberalismo por lo serio y creemos de buena fe y con todo arraigo que este es el principal, mejor dicho, el único enemigo de nuestro país. Y digo que hacemos el tonto, porque mientras la reacción nos niega á nosotros en todas partes el agua y el fuego, nosotros dejamos penetrar á los clericales dentro de nuestras posiciones, halagándoles y pagándoles con espléndidez las traiciones que nos hacen.

Cada día se siente más la necesidad de una delimitación de campos, pero bien concreta y definida, que no deje lugar á dudas, de tal modo, que sirva para conocernos á primera vista sin temor á engaños y á equivocaciones que hoy son inevitables dada la confusión que reina entre nosotros, efecto de la mezcla clerical hipócrita que se ha inoculado dentro de los organismos liberales.

En los periódicos clericales puede haber sin duda muchos que en su interior estén con nosotros, que aplaudan nuestras campañas, que simpaticen con nuestras ideas y que se regocijen de que haya quien ponga coto á las demasías clericales; pero todo esto no se traduce á lo exterior; es una satisfacción que no tiene más teatro ni más espectadores que la conciencia del sujeto que calla y disimula porque en ello le va pan. Pero en la prensa liberal no sucede lo mismo; está infestada de clericales, cuya misión única en ella es desacreditarla, hundirla, hacerle todo el daño posible.

No hay publicación liberal y anticlerical, por avanzada que sea, que se vea exenta de esta peste; si el enemigo no está en la redacción, está en las máquinas, en las cajas ó en la administración ó entre los

repartidores; pero siempre en sitio donde pueda hacer daño y donde lo hace con el mayor deleite y ahínco. Estos traidores son los que deslizan gacetillas ó sueltos que llevan el agua al molino clerical; los que estropean los moldes, los que sacan borrachos é ilegibles los párrafos más salientes de un artículo, los que suprimen ó cambian la frase ó palabra en que está el nervio del razonamiento, ó cambian los puntos, comas y acentuación, haciendo incomprensible el concepto; los que divulgan que el diario tiene escasa tirada, los que propalan que tiene trampas y oasa apuros financieros, los que aconsejan á los comerciantes que no anuncien, etcétera, etc. Esto no son fantasías de sectario, lo estamos viendo todos los días, y basta fijarse un poco con lo que sucede en todo periódico liberal para conocer enseguida quiénes son los que están con nosotros ó contra nosotros. Es un trabajo de zapa, insidioso, jesuítico, pero constante, sin desfallecimientos, sin vacilaciones.

Se lamentaba el P. Ferrándiz hace poco de que el cuento *Los dos cenicientos*, que publicó hace poco *El Libro Popular*, había salido convertido en una ensalada de disparates, cosa que no había sucedido nunca; pues á él le sucedió, porque en esa publicación, como en todas, hay enemigos nuestros, que como no pueden impedir la publicación, hacen todo lo que pueden, y á veces hacen demasiado, para deshacer el trabajo. Yo he visto kioscos y librerías que teniendo ejemplares de las obras de Nakens, Ferrándiz y más, se las han negado al comprador, aun con perjuicio suyo, para no contribuir á la difusión de las ideas de aquel escritor. Aquí en Barcelona hay una librería donde siempre que se pide algo de autores avanzados (y la casa alardea de liberal hasta la médula) se oye siempre esta respuesta:

—No conocemos esa obra: debe ser poco importante. Este autor vale poco... Me parece que tirará usted el dinero...

Y nosotros, necios, poniendo en los cuernos de la luna los libros de los clericales, y engordando al enemigo que nos desacredita.

¿Hasta cuándo haremos el tonto?...  
FRAY GERUNDIO

## Lo inconcebible

«En Méjico hay ahora, con las armas en la mano, más de 7.000 muchachos de once y diez y ocho años de edad. Unos pelean en las filas federales, otros están con los constitucionales, otros son bandidos.

Un jefe revolucionario, Dozal, que ha sido segundo del famoso Pancho Villa, ha dicho que mejor querría mandar un regimiento de esos chicos que uno de viejos.

—No saben—ha dicho—lo que es peligroso. Marchan contra todo, infantería, caballería, artillería; suben y bajan montañas bajo una lluvia de balas. No tienen más que un defecto, y es que tiran mal; no apuntan, y malgastan municiones.

Uno de los que sabían tirar, apodado el

«Cabo Chiquito», se ilustró en el combate de Ojinaga, en que fué muerto por los federales, quienes declararon que les había hecho 11 bajas. Edad, catorce años,

Otro, José Blanco, de trece años, había comenzado á pelear á los doce y tomado parte en los combates de Riaño, Escalón, Casas Grandes y Parral. Fué hecho prisionero en Cuatro Ciénegas por los liberales, que lo fusilaron.

Porque en Méjico se fusilan niños al desnudo y al por mayor. Este verano, cuando los constitucionales tomaron á Gómez Palacio, ejecutaron á «sesenta» prisioneros federales, todos menores de diez y ocho años; los más eran de once á catorce.

Fueron despachados por grupos de á 15 víctimas; afrontaron la muerte bravamente, sin una lágrima, sin pedir misericordia.

Esta barbarie no tiene excusa, pero sí explicación. Esos chicos se habían valido de una bandera de parlamento para enganar y atraer á una fuerza enemiga, sobre la cual hicieron fuego slevosamente.

Niños heroicos, pero perversos. Según un corresponsal del *Sun*, en Méjico se ve cómo un chico de catorce años, desmoralizado por la vida militar, se convierte en el más cruel é inhumano de los seres. Mata por el gusto de matar; mata á los inermes; mata á los heridos, y cuando hay fusilamiento de prisioneros pide, como un favor, que se le permita administrar el tiro de gracia.

Después del combate de Pedro Aría más de cien prisioneros fueron fusilados; unos, en grupos y por piquetes; otros, aislados, y por los que podríamos llamar «operadores individuales». Un oficial suprimió él sólo á 15.

Al fin no quedaba vivo más que un viejo que atado y vendado aguardaba su última hora junto á una pared. Dos muchachos—uno de doce años y el otro de catorce—solicitaron la concesión de acabar con él, y como ambos eran queridos, los oficiales vacilaban en la elección.

A alguien se le ocurrió que lo mejor sería jugar «aquello» al monte. Y lo jugaron los dos espantosos niños, sentados en el suelo, á pocos pasos del viejo y rodeados de soldados que comentaban alegremente la situación.

El mayor ganó, y entonces el menor y perdidioso se echó á llorar porque se le privaba de un placer que nunca había disfrutado. Y el otro, ablandado, le permitió que tirase también. Cada uno de ellos, á cinco pies de distancia del viejo, le hizo 12 disparos. Y ambos después se alejaron «muy satisfechos», dice el corresponsal, *in high spirits*.

Esos niños, cuando se cansan de matar y atormentar se dedican, para romper la monotonía al saqueo de las grandes haciendas: rompen los muebles, destrozan los cuadros y se ponen las ropas, aunque no sean de su medida. Algunas veces dan con rico botín, como uno de ellos que se apoderó de 15.000 pesos en billetes, y con ellos se fugó á los Estados Unidos. A otro se le vió en posesión de cuatro sortijas de diamantes y de seis relojes de oro.

Como espías son incomparables. Se les emplea mucho en este servicio, que les fascina por lo que contiene de riesgo. Saben ver y saben escuchar, y llaman la atención menos que los hombres.

¿Por qué federales y constitucionales admiten chicos en sus filas? Cuando á los oficiales se les pregunta esto, algunos dicen: «¿Y por qué no?»



Otros declaran que con el sistema de reclutamiento no es posible evitarlo. No se piden papeles; á nadie se le pregunta nada. Hombres ó niños aparecen, se unen á una fuerza, cogen un fusil, comen del rancho y ya son soldados.

El capitán de la compañía—dice el corresponsal del «Sun».—más ó menos tarde, pone el nombre del recluta en la lista, y entonces, si hay paga, el niño la recibe... acaso. Al capitán se le entrega el dinero para toda su tropa, y un muchacho que no piensa en cobrar significa dos pesos diarios de beneficio para el pagador.»

ANTONIO ESCOBAR

La Lucha, (Habana)

Nota de EL MOTIN.

Al poner título al anterior artículo no estuvo muy afortunado el autor, sin duda, ignoraba las hazañas de los *requetés* españoles en la última guerra civil.

## Nuestros discípulos

Los republicanos hemos formado escuela en el arte de no vivir en paz.

Los liberales y conservadores van resultando unos discípulos que quizás nos aventajen. Tienen que oír los insultos que se lanzan y los garrotazos que se propinan.

Al extremo que han llegado los mauristas, nos lo va á decir *La Epoca*, periódico habitualmente tan sesudo, en el siguiente artículo, publicado en defensa de Dato el domingo por la noche y que es un palo fenomenal á Maura y sus defensores:

«Una tarde, hace de esto cerca de diez años, el 11 de Febrero de 1904, una voz elocuentísima, escuchada por todos, amigos y adversarios, con verdadero respeto, pronunciaba en la Alta Cámara, desde la cabecera del banco azul, estas importantes palabras, que acuden hoy á nuestra memoria al contemplar, aunque sin sorpresa, cómo algunos interpretan cómodamente la abstención en que se encuentra la insignie personalidad aludida:

«Esta agrupación política—decía el señor Maura, refiriéndose al partido conservador—tiene sobre todas una ventaja, ó al menos, con la más venturosa comparte una ventaja, y es que aquí podrá suceder cualquier cosa «menos un daño, menos un conflicto, menos una dificultad por jefaturas». (Muy bien.) «Porque yo estoy aquí resueltísimo, y lo saben todas las «personas calificadas de la agrupación, á salir de este sitio para ir á las filas del «partido, no más que á las filas (Aplausos), «y he dicho que yo estaré al lado de quien «quiera que sea el jefe del partido, no «sólo si me sucede, sino si me derriba.» (Aplausos); porque yo apoyo al que «me derribe en el partido conservador», (Aplausos.)

Nadie ha derribado al Sr. Maura; nadie le ha desposeído de la jefatura; nadie le ha arrebatado el puesto que ocupaba en el partido; nadie ha tratado jamás de sustituirle. Lo ocurrido ha sido más pequeño, de menos importancia que las hipótesis planteadas en las anteriores palabras por el ilustre hombre público.

Todo lo ocurrido se reduce á una discrepancia entre el Sr. Maura y el señor Dato respecto de la conveniencia, de la necesidad, de la verdadera obligación en que se hallaba el partido conservador, á juicio del actual presidente, de aceptar el Poder y asumir las responsabilidades consiguientes, si llegaba á inutilizarse, como se inutilizó, el indispensable instrumento parlamentario de gobierno.

Y esa discrepancia no surgió en el momento de la crisis, y mucho menos como consecuencia de la solución de la crisis, sino que, según respetables exministros, á los cuales se lo manifestó el propio señor Maura, hubo de surgir antes, bastante antes de la crisis, cuando en presencia del desenvolvimiento de los sucesos dentro del partido liberal, pudo estimarse que éste quedaría bien pronto imposibilitado de seguir gobernando; porque entonces, en previsión de esto, el Sr. Dato, privada mente, amistosamente, lealmente, expuso al Sr. Maura que creía indispensable que aceptase el Poder, toda vez que al partido conservador no le era dado dejar abandonado al monarca y ponerle en el caso de resolver el pleito de los liberales mediante la entrega del decreto de disolución á una de las dos fracciones que se disputaban y se disputan el predominio.

La corrección, la delicadeza del Sr. Dato fué aún más lejos. No contento el actual presidente con haber expuesto al señor Maura su criterio, y con haberle rogado que hiciese el sacrificio de aceptar el Poder, cuando, después de la reiterada negativa del jefe conservador, S. M. el rey se dignó llamarle para ofrecerle el Gobierno, el Sr. Dato no aceptó el honroso encargo, sino que rogó al monarca se dignase concederle veinticuatro horas para contestar.

Desde Palacio marchó el Sr. Dato al domicilio del Sr. Maura, con objeto de participarle el encargo que se le había hecho, y consultar con él la contestación que tenía que dar á S. M.; pero el Sr. Dato sufrió la sorpresa de saber que el Sr. Maura se había ausentado de Madrid, sin decir á dónde se encaminaba ni cuándo proyectaba regresar. La consulta era imposible; pero el paso dado por el Sr. Dato no dejaba duda alguna de su exquisita corrección y de su alta consideración al Sr. Maura.

Ante tan inesperada ausencia, que en momentos tan críticos dejaba sin dirección al partido conservador, y en presencia de la situación creada á la Corona, que se encontraba sin Gobierno, el Sr. Dato, consecuente con el criterio que de antemano había expuesto al Sr. Maura, consultó con los exministros conservadores, y en vista de haber coincidido con él casi la totalidad de éstos, decidió asumir la responsabilidad de formar Gobierno, y lo formó, contando con todas, absolutamente con todas las distintas tendencias del partido conservador, y seguro de que, al hacerlo, prestaba un servicio á la Corona, al país y al partido mismo.

Pero, obsérvese una cosa, y es que desde el momento en que el Sr. Dato consultó con los exministros conservadores, y la casi unanimidad de éstos opinó como aquel, la discrepancia de los Sres. Maura y Dato se convirtió en una discrepancia entre el jefe y el partido, y el Sr. Dato pudo aceptar el regío en cargo en nombre y con la representación del partido conservador. Este es el que está en el Gobierno

\*\*\*

Pues si no ha habido más que esto, y

nadie puede autorizadamente sostener lo contrario; si no se ha tratado de suceder al Sr. Maura; si nadie ha pretendido derribarle; si para nada se ha hablado de la jefatura del partido; si el que preside el Sr. Dato es un Gobierno sin Maura, porque el Sr. Maura no ha aceptado el Poder, pero no es un gobierno contra Maura, porque nadie imaginó semejante cosa, contraria á los sentimientos de todos; y si, por otra parte, no ahora, sino antes, mucho antes, declaró el propio Sr. Maura que apoyaría al que dentro del partido le sucediera ó le derribara, cómo no hemos de pensar que no reflejan la verdadera actitud del ilustre expresidente, que indudablemente proceden contra la voluntad de éste, los que invocan su nombre para combatir á un Gobierno surgido de las entrañas mismas del partido conservador, y que, por consiguiente, los que tal hacen carecen de toda representación, es decir, no representan á la agrupación conservadora ni al Sr. Maura?

Serán lo que quieran, se llamarán como tengan por conveniente; pero no son el partido conservador ni pueden representar al hombre insigne que, con gran altura de miras, proclamó un día desde la cabecera del banco azul que en el partido conservador «podrá suceder cualquier cosa, menos un daño, menos un conflicto, menos una dificultad por jefatura.»

Como se ve, es un artículo que conviene dejar archivado, para cuando se nos eche en cara que no nos entendemos. A este paso, ningún partido podrá decirle á otro en España en cuanto á divisiones intestinas: «Más eres tú.»

## La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

## LIBERTAD Y A ELLOS

JOSÉ NAKENS  
DOS PSETAS

## VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

## Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Precio: UNA PESETA

## El P. Miguel Mir

y

## SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas,

UNA peseta.



## ARTÍCULOS FIAMBRES

### ¡Arriba los corazones!

Incorporemos el cuerpo, que está encorvado, y el espíritu, que está abatido, y tengamos conciencia plena de lo que somos, valemos y representamos. No para gritar constantemente, bullir ardientemente, exaltar personalidades y lanzar ridículas bravatas, sino para poner toda la voluntad y todo el esfuerzo en la obra de la organización republicana. Sin llegar a esta, será inútil cuanto hagamos o intentemos. Y este, este es el momento de organizarnos. ¿Qué necesitamos para lograrlo? Que cada republicano que cuente con alguna fuerza la ponga al servicio de todos, no al de su ambición, su vanidad o su conveniencia. La lección tremenda que acaban de darnos los sucesos de Barcelona, nos ha dejado esta enseñanza: disgregados, nada podemos; unidos, podemos atrevernos a todo.

Y digo que este es el momento, porque después de la cobardía... (dura es la palabra, mas no hay otra que exprese mejor la idea) de que hemos dado muestra *todos, todos*, desde Julio acá, permaneciendo si enciosos, inactivos y ballando al son que nos tocaba La Cierva, se acabaron las leyendas de si éste vale más que aquél, y una agrupación menos que la otra. Si, se acabaron. Los republicanos de relieve y renombre, todos hemos estado a igual altura en *prudencia*: ninguno superior en *energía*. El rasero de la igualdad en el apocamiento ha pasado sobre todos, y ya ninguno tenemos derecho a decirle a los demás: *Yo, soy yo!* Desaparecieron de entre nosotros las categorías de valor y sacrificios, las especialidades revolucionarias.

No, no tratemos de engañarnos. En punto a revolucionarismo, todos los republicanos que figuramos hoy un poco podemos llamarnos de tú. Han muerto los que tenían derecho a que se les estampara en su Hoja de Hechos lo de *valor probado*, y quedamos únicamente los de valor se le *supone*. Podrá haber entre nosotros semilla de heroes, pero no ha brotado en esta ocasión, ni menos echado flores, ni menos producido frutos. ¡Abajo, pues, desde hoy la leyenda de los hombres de acción, hasta que los hechos se la concedan a algunos, o a muchos!

Y siendo así, ninguno tenemos derecho en adelante a creernos por cima de otros en la escala revolucionaria, sin exponernos a que se nos responda con una cargada de burla o una frase de desprecio que nos ejecuten moralmente.

Haber permanecido todos callados, o haber hablado tarde, mientras en el mundo entero se gritaba contra el gobierno español; haber permanecido sumisos, cuando los extranjeros protestaban; vertido a última hora palabras, en tanto que ellos vertían sangre, todo esto nos imposibilita para bravuconear ahora, y nos impone imperiosamente el deber de organizarnos de manera que no sea posible jamás la re-

petición de tales vergüenzas. Sólo así podremos acaso lograr que se nos perdone nuestra cobardía.

Y hablo de este modo, para ver si consigo llevar a mis correligionarios al convencimiento de que ya no hay pretexto, ni sombra de pretexto, para estar desunidos; y que la división de revolucionarios y no revolucionarios, de radicales y conservadores es completamente arbitraria.

Y estando ya todos al mismo nivel revolucionario, mejor dicho, de incapacidad revolucionaria, partamos todos de la base de nuestra individual impotencia, y de la impotencia de cada grupo o fracción aislados, y sacrifiquemos cada uno lo que debamos sacrificar para que el republicanismo, sin distinción de matices, se dé cuanto antes una organización sólida y poderosa que inspire confianza a los republicanos y a los que no lo son.

¿Que para esto hay que olvidar agravios? Se olvidan. ¿Perdonar torpezas? Se perdonan. ¿Contradecir afirmaciones? Se contradicen. ¿Cómo? ¿Hemos podido los unos aliarnos con los carlistas, asesinos de nuestros padres, y no vamos a poder reunirnos nuevamente a nuestros hermanos? ¿Hemos podido los otros contemplar con los brazos cruzados y las lenguas mudas la quema de conventos en Barcelona, y vamos a seguir condenando implacablemente a los que faltaron en otra forma a su deber?

¿Que no podemos fundirnos todos en el mismo molde, porque dentro de la República deben existir dos tendencias, la radical y la conservadora? Nadie niega eso; mas no tratamos ahora del *mañana*, sino del *hoy* que ha de traer ese *mañana*, y en ese hoy no caben, ni deben haber otro propósito, ni otra aspiración, ni otro credo ni otra denominación, que la de *hacedores de la República*. Lo demás ya vendrá en su tiempo y sazón.

Calma, serenidad, y grandeza de alma para olvidar y perdonar, ya que todos necesitamos de perdón y olvido; pocas manifestaciones externas de entusiasmo efímero, y muchas voluntades al servicio de una labor fructífera; menos palabras en la boca y más arranques en el corazón; en suma, lo contrario que hasta aquí...

Y haciendo esto durante el tiempo necesario para que nuestros compatriotas se convenzan de que hemos emprendido con seriedad y energía el camino que conduce a la revolución, de que tan necesitada está España, no ya sólo para redimirse moralmente, sino para dignificarse políticamente y normalizarse económicamente, tengamos por seguro que se pondrán resueltamente a nuestro lado. Aquí no asustan ya a nadie los radicalismos; lo que asusta al mayor número, es ver que están representados esos radicalismos por hombres que ni ante el enemigo se unen, ni se conciertan, ni se hermanan...

A organizarnos, pues. De no hacerlo, perdamos toda esperanza de contribuir a la salvación de España, y saboreemos de antemano la humillación y la vergüenza de verla repartida entre dos o tres naciones; que a esto se llegará, y acaso en pla-

zo breve. Y lo tendremos bien merecido. Pues cuando un pueblo ve sin sonrojarse que otros pueblos derraman su sangre y protestan airados contra los gobiernos que a él le ahrojan, explotan y envilecen, en tanto que él apenas si se atreve a lanzar ridículas quejas, ese pueblo degradado no se pertenece ya: pertenece a los que lo hayan conquistado moralmente.

Y si los hombres que adquirimos renombre y autoridad por habernos crecido como salvadores de ese pueblo, nos negásemos en esta hora suprema a entendernos y concertarnos lealmente para salvarlo, quedaríamos por bajo de los mismos que lo tiranizaron. Y quedaríamos por bajo, porque a la infamia de envilecerle que cometieron ellos, uniríamos nosotros la villanía de haberle engañado.

Yo no dudo que nos redimiríamos por virtud de la organización. ¡Oh! No; si lo dudara, rompería esta pluma que constituye todo mi patrimonio intelectual y material, y me retiraría a un rincón a llorar en la miseria la equivocación de una vida consagrada a combatir lo que creía al compás de mis ataques: el clericalismo; a impulsar lo que bullía sin moverse: el republicanismo; a luchar contra lo que enervaba o paralizaba fuezas reventoras: la farsa, la mentira y el interés personal.

Republicanos:

A organizarnos, para evitar que un día puedan arrojar sobre nuestras frentes ese estigma. Y alcance mañana más el que más sacrifico hoy.

1909

### A los republicanos

Y mientras ellos, los monárquicos, han arruinado a España, deshonrándola de paso, nosotros nos hemos entretenido en parodiar a los conejos de la fábula:

- ¡Que si la unitaria!...
- ¡Si la federal!...
- ¡Que si don Franciscot!...
- ¡Si don Nicolás!...
- ¡Que si Ruiz Zorrilla!...
- ¡Que si Castelar!...
- ¡Que si hecho de fuerza!...
- ¡Si lucha legal!...

Las congregaciones religiosas se han ido lentamente extendiendo por la Península, apoderándose de bienes cuantiosos, acaparando la enseñanza, matando la idea democrática, y nosotros

- ¡Que si la unitaria!...
- ¡Si la federal!...

El ejemplo de grandes inmoralidades ha corrompido la nación; fortunas improvisadas han gritado a los dignos: ¡imbéciles!; el dinero ha servido de llave para abrir todas las puertas, hasta las de la justicia; y los republicanos

- ¡Que si don Franciscot!...
- ¡Si don Nicolás!...

Todo se ha ido hundiendo aquí, lo mismo en la parte material, que en la intelectual, que en la moral; ni bienestar,



ni honra, ni caracteres; nada de esto ha quedado; y nosotros en tanto

—¡Que si Ruiz Zorrilla!...  
—¡Que si Castelar!...

Las leyes han sido vulneradas y los derechos desconocidos ó falseados; hemos vivido á merced del capricho de los gobernantes; nos han atropellado en las elecciones, se han burlado de nuestras protestas; pero nosotros...

—¡Que si hecho de fuerza!...  
—¡Si lucha legal!...

Al contribuyente se le ha esquilado, embargándole sus fincas para pago de tributos; la miseria ha alcanzado proporciones aterradoras; todo lo que representaba un pequeño bienestar ha desaparecido; mas nosotros, firmes en lo de

—¡Que si la unitaria!...  
—¡Si la federal!...

Millares de millares de trabajadores han emigrado á América y África en busca del pan que no hallaban en su patria, y al internarse en alta mar han podido escuchar el eco del estribillo

—¡Que si don Francisco!...  
—¡Si don Nicolás!...

Centenares de hombres de buena voluntad han visto llegar para ellos la vejez mucho después que la ruina, y desalentados, tristes, contentándose ya únicamente con morir dentro de la República, han agonizado oyendo lo de

—¡Que si Ruiz Zorrilla!...  
—¡Que si Castelar!...

Ha soportado España vergüenzas militares en Melilla; cien mil de sus hijos han muerto en Cuba y otros cien mil han vuelto moribundos; hemos perdido todas nuestras Colonias, y nosotros discutiendo

—¡Que si hecho de fuerza!...  
—¡Si lucha legal!...

Durante los últimos 25 años hemos pactado coaliciones, uniones, fusiones, lo mismo para fines electorales que revolucionarios, mas sólo han servido para desacreditar la recta significación de esas palabras, porque nunca hemos prescindido de

—¡Si la unitaria!...  
—¡Si la federal!...

¿No tendremos remedio realmente? ¿Estaremos condenados á morir cantando, como los Girondinos *La Marsellesa*, (para honra suya) este eterno estribillo (para deshonra nuestra)?

—¡Que si la unitaria!...  
—¡Si la federal!...  
—¡Que si don Francisco!...  
—¡Si don Nicolás!...  
—¡Que si Ruiz Zorrilla!...  
—¡Que si Castelar!...  
—¡Que si hecho de fuerza!...  
—¡Si lucha legal!...

1899

## Otro ensayo

¿Que los hombres ya formados, sesudos, prudentes y cargados de experiencia son los mejores para gobernar los pueblos? Sin duda alguna. Pero cuando reúnen realmente esas condiciones.

No hay que ahuyentar de la política activa á los hombres maduros sólo por serlo; pero si á los que, habiéndose mantenido años y años en puestos preeminentes, sólo se han distinguido por su incapacidad ó su irresolución.

Más claro: hay que apartar á los consagrados inútiles, á los sabios fosilizados, á las arcas cerradas y misteriosas, á los libros de siete sellos... A todos los señores que se convertirían en estatuas de sal, si continuara en moda el hacerlas con ese deleznable material como en los tiempos de Lot...

Hay que jubilarlos, si, con todos los respetos y consideraciones que por clasificación les corresponda; pero jubilarlos. En la democracia, donde todo es amovible, es donde se da mejor la especie de los hombres lapas. Se agarran á la peña de las altas representaciones y ni Dios los arranca.

¿Que el primero que debería entonces jubilarse sería yo? Imposible. Yo no puedo jubilarme. Por esta razón; porque lo estuve siempre para todo lo que significó cargo, representación, preeminencia... Por lo demás, si en mi apartamiento consistiera, desde ahora me eliminaría. Habiendo sacrificado la mayor parte de mi vida al triunfo de la República, ¿iba á escatimarle la poca que me resta por mucho que se alargue?

Haciendo lo que digo, esto es, apartando á esas cacareadas cuanto incapaces embaucadas, vendrían á nosotros muchos jóvenes de valía que hoy no se acercan porque aquí ni se les atiende, ni se les considera, ni se les abre camino. La Tebas de las cien puertas está cerrada para ellos.

¿Que no hay tampoco mucho donde escoger entre los jóvenes que bullen y se agitan? Algo de verdad hay en eso... ¿Mas quién nos dice que al dar vida más amplia, más vigorosa, más activa al partido, no acudirían muchos jóvenes de talento y de porvenir?

A jubilar, pues, á los hombres que habiendo ocupado altos cargos en el republicanismo nos han traído á la situación presente.

¿No pasan á la escala de reserva en el Ejército los generales, aun los que prestan grandes servicios, al llegar á cierta edad? ¿O es que, por excepción maravillosa, ellos han de permanecer inmutables en un mundo donde todo cambia, se trastueca, se gasta y acaba?

¿Que mañana la patria necesita de sus servicios? Se les reincorpora á la escala activa y que cumplan como buenos. Pero mientras no, en sus casas, en sus casas... ¿Que ilustren, que aconsejen... Pero que no dispongan... que no dirijan...

El último ensayo, el de la jefatura de Salmerón, ha resultado fatal, pues ha de-

mostrado que todos piensan y obran lo mismo que en 1873.

1905

## ¡A callar!

Si; republicanos derrotados en las últimas elecciones, ¡a callar! Aun cuando vuestras quejas sean justas, vuestra indignación es cómica.

Sabiais cómo se habían hecho las elecciones pasadas, y las otras y las anteriores, cómo estaba el censo, y á qué medios apelan los monárquicos para triunfar. Y, sin embargo, habéis estado tan tranquilos, aguardando á que se decretara la disolución de las Cortes para comenzar vuestros trabajos electorales.

Y, claro; el resultado ha sido el que debía ser. Nada habíais sembrado, nada habéis cogido.

Esto de no acordarse de Santa Bárbara hasta que truena es ya viejo en nosotros, y á esto debemos el estar como estamos.

Porque lo que ahora en las elecciones, nos viene ocurriendo en todo.

Surge lo de las Carolinas, y decimos: «¡oh qué gran ocasión si estuviéramos preparados!» Y pasa aquello, y no pensamos en aperebármolos para otra eventualidad.

Muere el rey, y, «¡oh si ahora no nos encontráramos sin medios para luchar!» Y nombran la Regencia, y seguimos tan tranquilos.

Se sublevan las colonias, y, «¡oh si nos halláramos bien organizados y armados!» Este era el momento de derribar la monarquía para salvar las colonias! Y proseguimos en nuestro apacible reposo.

Nos declara la guerra los Estados Unidos, y, «¡oh qué instante más propicio para barrer la monarquía que ha empeñado á España en una guerra extranjera, si estuviéramos unidos, tuviéramos dinero y armas y municiones!» Y permanecemos después como estábamos.

Vienen las derrotas, mejor dicho, las componendas que dieron por resultado la pérdida de los barcos en Cavite y Santiago de Cuba, y, «¡oh qué lástima no tener organización y armamento y dinero!» Y seguimos en nuestra actitud pasiva.

Se firma aquel vergonzoso tratado de paz en París, y «¡oh qué vergüenza nacional, y cómo podríamos regenerar la patria implantando la República, si tuviéramos la unión hecha, el partido organizado, y armas y unos miles de duros!» Y continúa la inacción.

Suben al poder los reaccionarios, el clericalismo se envalentona, la enseñanza se pone en manos de la Iglesia, el encanallamiento de los espíritus se acentúa, y, «¡oh quién resistiría ahora nuestro empuje, si poseyéramos lo que nos falta!» Y continuamos como hasta entonces.

Por móviles más ó menos plausibles, se agitan las Cámaras de comercio y llega un instante en que logran poner en conmoción á todo el país; y «¡oh quién estuviese prevenido para aprovecharnos de esta circunstancia!» Y no variamos de conducta.





Se anima la campaña contra el clericalismo, viene lo del drama *Electra*, los estudiantes nos abren el camino, y, ¡oh con cuánta facilidad triunfaríamos hoy, si tuviéramos armas y organización, y etc! Y nos metemos luego en nuestros, políticamente, deshonrados hogares.

Y siempre echando de menos en las ocasiones supremas lo que debimos reunir antes de que llegasen; y hallándonos desprevénidos los acontecimientos más previstos; y nunca aprendiendo que hay que prepararse en la paz para la guerra, nos parecemos á los que decían:

Si tuviéramos aceite,  
ajo, pimentón y sal,  
haríamos unas sopas;  
¡pero si nos falta el pan!

Y esto lo mismo tratándose del hecho de fuerza, que todos consideramos indispensable, que de la lucha legal, de la que algunos esperan algo todavía.

Y siendo así, ¿quién tiene derecho á lamentarse hoy de los atropellos del gobierno en las elecciones, ni cómo lo tendremos mañana para quejarnos de nada de lo que contra nosotros venga, si los mayores culpables de todos los males que sufre España somos nosotros, por imprevisores, por inactivos, por faltos de abnegación, por cobardes y por incapaces?

1901

## El Parlamento

De algún tiempo aca sólo ha servido para adormecer al partido republicano, crearle antipatías y ponerle en ridículo.

¿Qué se ha conseguido yendo á él, ó qué se ha evitado?

Los derechos individuales los dió la monarquía por temor á la actitud revolucionaria de Ruiz Zorrilla. Fuera de esto, no hay una reforma política ni administrativa que se deba directa ni indirectamente á los republicanos.

Y en cuanto á evitar, ni hemos evitado las inmundicias, ni la venida de los frailes, ni el falseamiento de las leyes, ni el aumento en los presupuestos, ni la guerra siquiera.

Que alguna vez los diputados republicanos han contribuido á la caída de un ministerio. ¿Y qué bienes nos han venido con esa gracia? Tírar á Villaverde para que subiera Maura, antes fué para censurar que para alabar políticamente: fué trabajar por el clericalismo.

¿Qué desde allí puede hacerse propaganda? Sí, pero no la han hecho. De todas las tentativas para coligarnos, fusionarnos, unirnos, ni una ha salido del Parlamento. Y respecto á atraernos desde allí la opinión, ha resultado lo contrario: las debilidades, las componendas y las cobardías de nuestros diputados, han obligado á esa opinión á exclamar: «Todos son unos.»

En suma; mírese como se mire, no tiene justificación el furioso empeño de algunos por ir al Parlamento, puesto que ni hacemos allí propaganda de nuestras doctrinas, ni atraemos un monárquico á nuestra causa, ni sacamos triunfante una

ley beneficiosa, ni servimos más que para contribuir á que caiga un gobierno malo para que suba otro peor.

1905

## A la prensa republicana

La agradecería que me diera su opinión sobre este punto; que no eligiéramos más que tres diputados: los señores Pi y Margall, Salmerón y Muro, éste en representación de Ruiz Zorrilla.

El que fueran esos señores los elegidos, y no otros, serviría para que, cuanto dijeren é hicieran, se entendería en el sentido de que su fracción respectiva pensaba y quería lo mismo: el puesto que ocupan prestaría indiscutible autoridad á sus palabras y á sus actos.

El que hubiera tres diputados republicanos en las Cortes, en vez de quince ó veinte, sería igual. Si pudiéramos llevar ciento siquiera, la cuestión variaría, porque podrían influir en las votaciones; mas esto no es posible: en el período revolucionario, estando unidos y habiendo más fe y entusiasmo que hoy, pudimos traer únicamente sesenta.

Y bien mirado ¿para qué se necesitan más de tres? Meses y meses se llevan sin hablar casi todos, y legislaturas enteras transcurren sin que algunos, el Sr. Pi el primero, digan esta boca es mía. Luego para no decidir en las votaciones ni combatir á los monárquicos á toda hora, lo mismo son quince que tres. Además, siempre resulta que, por cuestión de disciplina, ningún diputado dice más que lo que esos tres señores desean.

En cambio, el que no hubiera más que tres, nos traería estas ventajas:

La de no perturbar al partido cada vez que cambiaran los gobiernos.

La de no gastar energías ni recursos que hacen falta para empresas más decisivas.

La de no crear nuevos motivos de divergencia entre las fracciones, por si el candidato pertenece á ésta, cuando debió ser de aquella.

La de no exponer á los atropellos de gobernadores y caciques á los republicanos que votan en localidades pequeñas.

La de que no pudiera juzgarse de las fuerzas que teníamos, por el falso criterio del número de diputados que sacáramos.

La de que no se despertase entre nosotros ambiciones injustificadas, origen de muchos males.

La de que, alejados del Congreso, muchos republicanos de valía que hoy creen cumplir con su deber pronunciando discursos, dieran empleo más práctico á su actividad.

La de que se acabaran de convencer los partidarios de la lucha legal, si esos tres señores no hacían nada, de que no servían ni para ella ni para la revolución.

Y otras muchas ventajas que á mis compañeros en la prensa se les ocurrirían, si se dignasen analizar la idea.

Inconvenientes:

El de establecer un privilegio que no

debe existir en la democracia. (Este argumento es risible en boca de los que hemos creado y sostenemos jefaturas vitalicias é indiscutibles.)

El de que los Sres. Pi, Salmerón y Muro continuasen divididos allí, resultando así ineficaz la campaña contra la monarquía. (Se remediaría en las elecciones subsiguientes, sustituyéndolos con otros de más empuje y patriotismo. Si los encontráramos.)

El de que, ocupados en la lucha legal, desatendieran la revolucionaria. (Continuaríamos como hasta aquí, con la ventaja de que esos tres señores quedarían completamente al descubierto, y caería la venda de muchos ojos.

¿Y qué harían entretanto, se me dirá, los que hoy son diputados y pudieran ser reelegidos en las elecciones sucesivas? Lo que quisieran, en la seguridad de que sería más provechoso que lo que hoy hacen; podrían escribir en la prensa, pronunciar discursos donde anhelasen oírseles, y antes, y mejor que todo eso, ganar voluntades y allegar fuerzas para la lucha definitiva.

Someto esta proposición á mis compañeros, por el miedo que me causa pensar en lo destrozados que vamos á quedar en las próximas elecciones, dada la resistencia del pueblo á ir á ellas, y las declaraciones públicas que contra ellas han hecho algunos que actualmente son diputados.

Con esta solución, nadie tendría derecho á quejarse: ni los partidarios de la lucha legal, porque se verían representados, y nada menos que por los hombres más prestigiosos; ni los revolucionarios, porque así no podrían afirmar, como ahora, que la lucha de los comicios enerva.

Y si después de todo resultare que ni en el Congreso se hacía propaganda revolucionaria, ni fuera lográbamos unirnos para otras luchas, habría que reconocer y confesar que ni somos nada, ni servimos para nada, y que nuestras divisiones de años y nuestras uniones de un día, nuestras divergencias en puntos doctrinales, nuestros escrúpulos y típicos miquis, no han sido otra cosa que máscaras que indistintamente nos hemos ido poniendo y cambiando para ocultar nuestra debilidad, nuestra impotencia y nuestra falta de patriotismo.

Y reconocido y confesado esto, sacaríamos esta conclusión: «En España no hay republicanos, sino gentes que quieren que venga la República.»

Lo cual no es precisamente lo mismo.

1895

## Los republicanos

Nos hemos combatido, en ocasiones ferrozmente. Ninguno de los que por nuestra situación, cargo ó representación hemos luchado en público, tenemos en justicia derecho á tirar la primera piedra; todos hemos pecado y acaso más los que menos lo parecen.

Todavía quedan entre nosotros odios infecundos desconfianzas y recelos;



memoria no scaba de sepultar el pasado, por no decidirse la voluntad á echarle las últimas paletadas de tierra. Y, sin embargo, es preciso echárselas; hay que enterrar el pasado, para que se nos perdonen los desaciertos. Es lo menos que podemos hacer por la patria arruinada y sedienta de justicia.

«Vencernos á nosotros mismos»; esta sería, si no la única, la mejor prueba que podríamos dar en estos momentos de que no queremos que se nos confunda con los que han hecho á España víctima de sus criminales egoísmos. ¿Y quién mejor que los republicanos para regenerarla, si el serlo equivale hoy á maestro en todos los sacrificios y práctico en todas las abnegaciones?

Si; los que han llegado á estos tiempos siendo republicanos, merecen, por este solo hecho, el respeto y la consideración del país.

Permanecer puros en medio de la corrupción general, consecuentes en una época en que la apostasía ha sido solicitada para el premio, leales cuando se encumbraba la traición...

Verse casi excluidos de la vida pública, pues si votaban sus votos eran anulados; si reclamaban dentro de la ley se verán desatendidos; y si demandaban justicia atropellados...

Encontrarse detenidos hasta en la lucha por la existencia, ora por trabas puestas al desarrollo de su profesión, ora por recargos indebidos en los tributos, ó por quitarles la clientela, ó por negarles trabajo...

Saber que todos los caminos les estaban cerrados en la práctica aunque abiertos en la teoría, no pudiendo reclamar derecho, ni promover reclamación, ni incoar pleito sin la seguridad de la negativa ó el despojo...

Estar convencidos de que bastaba transigir para tenerlo todo, medros en la profesión, aumentos en la fortuna, impunidad para delitos y hasta para crímenes, y á pesar de esto, ó precisamente por esto, continuar siendo republicanos sin vacilaciones ni dudas siquiera...

Este mérito es tan grande en estos tiempos inmorales en que el dinero lo es todo, que él sólo basta para absolvernos de las pequenezes y torpezas que hemos cometido, y para garantizar al país de que al frente de sus destinos velaríamos por sus intereses. Lo que no hemos querido hacer por los nuestros.

1899

## Renuncia

A Vicente Blasco Ibáñez, Presidente de la Junta provincial; Adolfo Beltrán, presidente de la Junta municipal; F. Garrido Marqués, vicepresidente, y demás firmantes del acta en que se acordó presentarme candidato á la Diputación á Cortes por Valencia.

Mis queridos amigos y correligionarios: Me he encontrado sin solicitarlo con lo que tantos solicitan sin conseguir-

lo: con el acta de diputado. Con el acta, si. Cuando Valencia dice: «éste es mi candidato», su diputado es aquel.

La designación me ha sorprendido, y no por suponer que no la merezco; la merezco, si; ¿á qué falsas modestias?; sino porque nunca había pensado en tal cosa.

Tarde ha venido, pero en cambio llega en condiciones de satisfacer al más exigente. ¡Diputado, y por Valencia, y con Salmerón! Nunca encajaría más apropiadamente que aquí lo de «miel sobre hojuelas».

Sin embargo, yo declino esa honra; yo no puedo aceptarla.

Y no puedo, porque el abandono en que, como *El Pueblo* ha dicho muy bien, me han tenido los míos, me han conaturalizado con el aislamiento, y el aislamiento me ha hecho gustar las ásperas dulzuras de esta independencia semisalvaje que disfruto y que no trocaría por el cargo más alto; independencia que ha sido beneficiosa para el partido republicano, pues merced á ella inicié y se realizó la fusión y está próxima á realizarse la unión que también he iniciado, propagado y defendido, lo cual no hubiera podido hacer sujeto á un organismo cualquiera.

Y no quiero, por no desdibujar esta personalidad que á costa de tanto trabajo me he creador y de la que estoy tan orgulloso; personalidad que quedaría, no ya desdibujada, borrada completamente, si después de cuanto he escrito contra las elecciones acudiese á ellas ahora. Sería estar á los que tienen de mí la opinión que merezco. Cada vez que recibo estos días una carta—y recibo muchas—en que se me dice: «Usted no aceptara», siento que esta mi personalidad se ensancha.

Sé que obrando así antepongo mi voluntad á la del pueblo, y que esto es contrario á democracia mas confío en que mis correligionarios me perdonarán este desinteresado egoísmo, en gracia á que tan pocas veces he pensado en lo que personalmente me convenía.

Y que el ser como soy es algo, pruébalo el hecho mismo de haberse acordado el pueblo valenciano de mí para que lo represente. Y habiendo reconocido él que merezco tal honra, ¿cómo no seguir siendo lo que soy para merecerla cada día más?

Faltarla á la verdad si dijese que no me halagaría ir al Congreso; más, como no puedo ni quiero ir por las razones apuntadas y por alguna otra que no hay para qué traer á cuento, no voy. Sintiendo mucho el no ir. Que conste.

Y manifestado esto, sólo me resta decir á quienes me han designado:

«Desde hoy, para todos los efectos que soliciten el agradecimiento, cuente el pueblo republicano de Valencia con el mío; y para aquellos otros que exijan sacrificio, disponga de mí como y cuándo guste.»

1903

## Las diez maravillas modernas

### Según los sabios

Una gran revista yanqui, *The Scientific American*, abrió un concurso para averiguar cuáles han sido los diez más grandes descubrimientos de los tiempos modernos.

Una Comisión de sabios fué la encargada de estudiar las contestaciones del público, y dió el premio prometido á William Wyman, de Washington, que les remitió la lista siguiente:

«Los diez inventos más grandes del último cuarto de siglo han sido:

El horno eléctrico, descubierto en 1889, horno de altísima temperatura, parecida á la de las primeras fuerzas de la Naturaleza, que puede producir gemas artificiales, carborundum, carburo de calcio, nitratos, grafitos artificiales, y que ha revolucionado la industria del acero.

La turbina de vapor, que data de 1894. El automóvil, cuyo desarrollo empezó en 1892.

El cinematógrafo, inventado por Edison en 1893.

La telegrafía sin hilos, descubierta en 1900 por Branley y Marconi.

El aeroplano, que ha realizado desde 1906 uno de los sueños de la Humanidad.

La cianuración de los minerales auríferos, que desde 1890 aumenta la riqueza mundial.

La linotipia, que ha revolucionado el arte de la Imprenta.

Los transformadores eléctricos, imaginados por Nicolás Tesla en 1888, que han permitido el transporte á distancia de las corrientes eléctricas.

Y los procedimientos para soldar eléctricamente, de Elihu Thomson.»

### Según el vulgo

En vista de ello la misma revista abrió otro concurso, y los lectores decidieron por votación que las diez más grandes maravillas modernas son las que siguen:

La telegrafía sin hilos, el aeroplano; los rayos X, el automóvil, el cinematógrafo, el cemento armado, el fonógrafo, la lámpara eléctrica de incandescencia, la turbina de vapor y el tranvía eléctrico.

## ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO para 1914

con sesenta caricaturas

PRECIO: UNA PESETA.

## Poesías festivas anticlericales

TOMO SEUNDO  
PRECIO: UNA PESETA



# CASTIGOS

por  
ROBERTO ROBERT

dos á la delincuente trescientos azotes á presencia de todo el pueblo.

Nada al parecer más oportuno y eficaz para que una mujer recobre la vergüenza que azotarla en público.

Pero á veces esa medicina producía efectos contrarios en ciertas índoles perversas, y para ocurrir á esos casos mandaba la ley que si las azotada reincidía, se le propinasen otros trescientos azotes y fuese dada por sierva á cualquier hombre ruin y desterrada de la ciudad.

Esto era en caso de no ser ya sierva la mujer, pues si lo era, recibía los trescientos azotes, por supuesto delante de todo el pueblo, y le era *desfollada* la frente, y el señor debía desterrarla ó venderla para que nunca volviera á donde ni con públicos azotes se le había hecho recobrar el pudor.

Y á tales labrados en la frente se condenaba también al siervo que hubiese vendido un hombre ó una mujer libres. Este ramo de comercio sólo era lícito á los libres con sus siervos y se convertía en verdadero delito cuando lo ejercía el siervo con el libre, á fin de que el reinado de los hombres en la tierra no pareciese una ridícula pretensión de imitar el de Dios en el cielo.

De los azotes no hay para qué hablar, por lo mucho que hablar de ellos tendríamos.

Aun en nuestra niñez se azotaba por las calles, se azotaba en los cuarteles, se azotaba en los conventos, se azotaba en las escuelas, se azotaban los devotos en las bóvedas de ciertas iglesias, y aún creo que acudían á las bóvedas de San Ginés algunos sustentadores de una tradición tan veneranda.

Abundaban los casos de doscientos y trescientos azotes más que hoy día las multas de á peseta.

Decir hoy que una persona levo doscientos, es hacer una oración incompleta. ¿Doscientos qué? Entonces no. Entonces se sobreentendía azotes.

Así como casi era imposible pensar sin incurrir en berejía, así también casi era imposible mover un brazo sin incurrir en pena de azotes.

Tan perfecta y claramente estaba definido todo en la esfera material como en la moral, y el que se salía de los justos límites era un delincuente voluntario que no tenía excusa.

En azotes se pagaban todos los picos. ¿Se cometía un delito que merecía

principalmente una pena determinada? Pues se pagaba la pena. ¿Pero había en el delito una circunstancia tal que no quedaba del todo pagada con aquella pena? Entonces para equilibrar el peso se le añadía una azotaina.

Así, pues, el hombre libre que *deslaidaba*, ó sease estropeaba ó lesionaba á un siervo ajeno, tenía que pagar diez sueldos al señor de éste, si el siervo era *de vil guisa*; pero si el siervo era bueno, además de pagar los diez sueldos recibía cien azotes.

Y si ese hombre libre, no contento con herir ó maltratar al siervo ajeno, le cortaba algún miembro, tenía que entregar al señor otro siervo equivalente al que había echado á perder, y ya no recibía cien azotes, sino doscientos.

Las lesiones estaban tasadas y se cotizaban á tantos más cuantos azotes, palos ó dineros.

Por un ojo sacado sin querer en un acaloramiento, se pagaba entre hombres libres la cantidad de cien sueldos.

Por cortar las narices á otro, cien ídem.

Y si la cortadura fuese de mal gusto, es decir, *«si las narices son cortadas en alguna parte laydamiente»*, el juez media el aumento de la pena según su buen juicio.

Por cortar labios ó orejas, cien sueldos.

Por atropellar á uno de tal modo *«en las renas (riñones) quel faxen corcobado»*, cien ídem.

Por cortar una mano ó estropearla de tal modo que su dueño no pudiera ya servirse de ella, cien ídem.

Por cortar el dedo pulgar, cincuenta ídem.

Por *«el otro siguiente dedo»*, cuarenta ídem.

Por el tercer dedo, treinta ídem.

Por el cuarto dedo, veinte ídem.

Por el quinto dedo, diez ídem.

Por cortarle á uno una pierna ó dejarle cojo, una libra de oro.

Adviértase que estos precios de miembros eran para los hombres libres entre sí, pues cuando un agravio semejante era cometido á un hombre libre por un siervo, entonces aquél quedaba dueño de éste y podía hacer de él lo que le diera la gana... menos hacerlo hombre libre.

Y nótese que por estropear á todo un siervo se pagaban diez sueldos, y por estropear sólo el dedo meñique de un libre se pagaba otro tanto.

Por donde se ve que, si bien entonces no circulaban como hoy tablas de reducciones de monedas, en cambio se sabía perfectamente la equivalencia entre éstas y los miembros humanos, y la que existía entre un hombre libre y cada una de las piezas de que se componía un siervo.

Y aquella angusta matrona de origen celestial que há por nombre justicia, no se desdeñaba de cobrar á garrotazos las deudas de los mortales.

Por una palmada se recibían. 10 palos.

Por una puñada ó una coz. 20 —

Por una herida en la cabeza,

no causando efusión de sangre..... 30 —

De modo que un hombre con sesenta sueldos podía dar con la palma de la mano á otro en la nuca; al volver éste la cabeza, sacudirle una patada en lo más ancho del pantalón, y enseguida aturdirle de un puñetazo en las sienes.

Lo cual no se puede decir que fuese caro en aquellos tiempos en que todo el mundo tenía dinero en abundancia.

Cortarle á un hombre los dedos de los pies, resultaba á igual precio que cortárselos de las manos. No había más que escoger lo que mejor pareciera.

Y es que como en aquel tiempo el hombre no se había entregado á las bajezas de las artes y la industria, lo mismo le servían las manos que los pies.

El que le rompía á otro los dientes pagaba doce sueldos.

¿Por qué no diez?

El discreto lector habrá observado que cuando se trata de palos, azotes y sueldos en los castigos anteriores, el legislador se entrega á los instantos decimales; pero llega á los dientes, y ya se separa del camino trillado é inaugura lo duodecimal.

¿Por qué?

Esto es lo que no ha sabido explicar ninguno de los eruditos parlanchines de los tiempos que alcanzamos.

¡Oh, qué vergüenza para la civilización actual! ¿Cómo? ¿Habla de derechos, de federación de pueblos, de fusión de razas, y aún no sabe por qué en el siglo VII se pagaban doce sueldos por un diente roto, y diez por un dedo meñique? ¿Qué se puede esperar de vosotros los pueblos sino fatuidad é ignorancia?

¿Qué legislador moderno sería capaz de averiguar la equivalencia entre los sueldos y los azotes?

Ninguno: ni uno.

Pues bien: gracias á los legisladores de aquellos siglos llamados bárbaros, sabemos que un sueldo contenía diez azotes de hombre libre y veinte de hombre siervo.

Por ejemplo:

Un hombre libre detenía á otro hombre libre en su camino.

El detentor tenía que pagar cinco sueldos...

¿No tenía dinero? Pues pagaba con cincuenta azotes.

$5 \times 10 = 50$

La cuenta no puede ser más clara.

Ahora bien: el que detenía al viandante

(Continuad)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID